

¡Duro, duro, duro!
El CEU: 11 de septiembre
de 1986 / 17 de febrero de 1987

En abril de 1986, es considerable el prestigio del rector de la UNAM Jorge Carpizo. A los 40 años de edad, Carpizo, doctor en leyes y constitucionalista reconocido, ya ha sido abogado general de la Universidad, coordinador de Humanidades y director del Instituto de Investigaciones Jurídicas. Se le reconoce capacidad académica y de él se espera un comportamiento distinto al de sus predecesores inmediatos en la Rectoría, el doctor Guillermo Soberón (por dos periodos), y el doctor Octavio Rivero Serrano, quienes, según opinión muy difundida, vieron en la UNAM el peldaño político, que burocratizaron en gran medida.

El 16 de abril, el rector Carpizo da a conocer un documento, *Fortaleza y debilidad de la UNAM*. La aportación notoria es la autocrítica minuciosa:

- La estructura de gobierno de la UNAM ya no responde a las dimensiones actuales de una institución gigantesca.
- Es bajo el porcentaje de los alumnos que se titulan.
- Hay ausentismo y desánimo en el personal académico.
- La facultad efectiva de contratar profesores se traduce en feudos de agradecimiento y complicidad.
- La falta de planeación da origen a excesos continuos: por ejemplo, en tres facultades hay un profesor por cada tres alumnos, y se da el caso de un departamento con 74 alumnos y 87 profesores.
- No hay vinculación adecuada entre docencia e investigación.
- Al crecimiento lo rige la improvisación: en el periodo 1973-1985 la población estudiantil creció 73.8 por ciento, el personal académico lo hizo en 95.5 por ciento, y el administrativo en 150.1 por ciento.
- El principal obstáculo que enfrenta un alto número de universitarios es la “burocracia” universitaria; el presupuesto de la UNAM ha disminuido en términos reales. En 1978 era el 0.33 por ciento del producto interno bruto, en 1985 es el 0.18 por ciento.

El documento también, y de manera muy fundamental, acentúa

las consecuencias lamentables de la falta de exigencia y selectividad. La recepción en círculos académicos y periodísticos es muy entusiasta. Escasean las respuestas críticas, y de ellas la más precisa es la de Salvador Martínez Della Rocca (en *La Cultura en México de Siempre!*) Martínez Della Rocca, ex-presupuesto político del 68, rechaza la “parcialidad” del alegato de Rectoría, y argumenta:

En el informe del doctor Carpizo sólo se problematizan algunos aspectos de la realidad universitaria, aquellos que por posiciones teóricas, políticas e ideológicas, le interesa evidenciar y calificar de fundamentales. Por lo tanto, se nos exponen tasas de deserción, de titulación, niveles de calificación, eficiencias terminales, etcétera, pero otro tipo de indicadores como son el deterioro de los niveles de vida y de las condiciones de estudio de los alumnos, y que serían indispensables para entender los anteriores, no aparecen en el diagnóstico del Rector. En consecuencia, datos tan importantes como que en 1985 casi el 15% de los alumnos del bachillerato, y el 32% de los de licenciatura trabajaban, no fueron considerados de suficiente significación como para integrarlos al mencionado informe.

Se pudieron contrastar los datos de ingresos familiares con los violentos aumentos en la renta, la alimentación, el vestido, la salud, el transporte y los libros. Esto no aparece en el diagnóstico porque sin lugar a dudas, este saber proporciona una explicación distinta a los indicadores utilizados en él. O sea, la alta deserción, los bajos niveles de calificaciones, la tasa baja de titulación y la eficiencia terminal, encontrarían su explicación fundamental en las tan deterioradas condiciones de vida y de trabajo de los estudiantes, y no en elementos tales como la negligencia, la irresponsabilidad, la holgazanería y la corrupción. . .

A estas objeciones, y a otras similares, se responde casi de paso: la UNAM no tiene la culpa del sistema social, sería absurdo detener el proceso educativo en espera de la igualdad de condiciones económicas. Por lo demás, es extraordinario el apoyo a *Fortaleza y debilidad*. No es atrevimiento menor oponerse a la costumbre inmovilista. Se abre un periodo de consultas, y se reciben 1 760 ponencias, la gran mayoría a favor del documento. En función de esto, y a modo de consecuencia obligada de su diagnóstico, el rector envía al Consejo Universitario, para su sesión del 11 de septiembre, el primer paquete de reformas, utilizando un artículo del reglamento que exige

al Consejo de cumplir los requisitos de convocatoria cuando se trate de asuntos de “obvia resolución”. En el discurso que acompaña al paquete, el rector es tajante: “Lo único inadmisibles sería que teniendo conciencia de los problemas, nos inmovilizáramos y dejáramos que los niveles académicos continuaran deteriorándose. Ello no es posible ni aceptable. Por lo tanto, la única opción es la realización de modificaciones para superar tales problemas, y éstas deben ser profundas, a fin de que realmente acaben con la simulación académica y la abulia. . .”. Y concluye: “En este camino, les puedo asegurar, no habrá indecisiones ni tibiezas. Estamos comprometidos, lo reitero, a luchar por alcanzar la excelencia académica”.

Entre otras medidas, el paquete demanda:

□ Eliminación del pase automático, que se concederá en exclusiva a egresados del bachillerato de la UNAM que lo hayan concluido en tres años y con promedio mínimo de 8.

□ Baja del personal académico que cobre sin trabajar.

□ Implantación de exámenes departamentales.

□ Aumento a las cuotas por inscripción y servicios escolares, con excepción de las de ingreso a licenciatura y bachillerato, que se mantendrán en 200 y 150 pesos, respectivamente.

□ Eliminación de la segunda vuelta de exámenes ordinarios y determinación del número máximo de exámenes extraordinarios por materia que puede presentar el alumno.

□ Vinculación con el sector productivo público, social y privado a fin de realizar metas concretas en beneficio del país. . .

Durante la sesión, muy agitada, el vocero de la oposición es el representante estudiantil Imanol Ordorika: “En los últimos años, la Universidad ha sido ajena, distante, enemiga de sus estudiantes, y hoy, en lugar de que la brecha se cierre, se profundiza”. Quienes firman el documento, continúa, dicen buscar el cambio en la UNAM, pero “la transformación no debe partir de una visión hasta ahora traducida solamente en medidas restrictivas para los estudiantes, ya superadas hace veinte años”. Se objetan muy drásticamente los procedimientos, la maniobra “sorpresa”. La mayoría de los consejeros desoye estos argumentos, o los tilda de reaccionarios, impugnaciones banales de los enemigos del progreso. ¿Cómo echar por la borda la oportunidad de hacer eficaz a la UNAM? A las 6 de la mañana del día 12, finaliza la votación: 94 a favor, seis en contra.

Al regreso de vacaciones se va afinando la respuesta estudiantil. En Ciudad Universitaria la resistencia es todavía pequeña, pero en los Colegios de Ciencias y Humanidades y en las preparatorias cun-

den las discusiones espontáneas, y se advierte el disgusto uniforme ante el Plan Carpizo (como ya se le llama). A los CCH y a las preparatorias llegan los enviados de Rectoría, funcionarios “de alto nivel”, que divulgan las ventajas de las reformas como quien firma un oficio sin mirarlo. Se les atiende con impaciencia, y luego un profesor o un estudiante se levanta y afirma: “¿Ya terminaron? Ahora nos oyen a nosotros”. Se detallan las razones de la oposición y los chavos se regocijan por una o dos horas más.

Más que de los partidos ostensibles de la izquierda (el Partido Socialista Unificado de México, el Partido Mexicano de los Trabajadores, el Partido Revolucionario de los Trabajadores) estos primeros activistas suelen provenir de antiguos grupúsculos universitarios, de asociaciones de escasa membresía. Se han instruido políticamente en Punto Crítico, en Convergencia Comunista, en la revista *La Guillotina*, en grupos tan cerradamente estudiantiles como el BIP (Buró de Información Política) de Ciencias. Conocen la Universidad y su experiencia es con frecuencia más homogénea de lo que ellos mismos aceptan. Los matices ideológicos son sus señas de identidad, se han habituado a ver crecer y ver pulverizarse en el lapso de un año a corrientes y contracorrientes marxistas, han padecido larguísima reuniones donde se aprueban las tácticas que nadie lleva a cabo, han colaborado de modos diversos en publicaciones de escasa circulación y elevado radicalismo. . .

Sobre todo, entre cifras sobre la agonía o la resurrección del capitalismo, han examinado hasta la saciedad las lecciones, los líderes, los villanos y las circunstancias del 68, y las tragedias posteriores. 68 es el mito esplendente, cientos de miles en las calles, el Zócalo iluminado por antorchas, la muchedumbre en la Plaza de las Tres Culturas aplastada en su uso crédulo de los derechos constitucionales, la resistencia heroica de los presos políticos. 68 es la hazaña y la derrota, la imaginación admirable y la matanza.

Al conjunto de activistas, diversificado aquí y allá por un militante del PRT o del PSUM, se le añaden desde las primeras semanas otros jóvenes aún no templados por las horas-asamblea, las horas-recapitulación minuciosa de los fracasos, las horas-tribu. A los recién llegados a “la disputa por la moción” los exaspera el conformismo imperante, el autoritarismo impune de los directores de escuelas, la burocratización que los inmoviliza de trámite en trámite. Sobre todo, los impulsa la necesidad de un movimiento que unifique y entusiasme y que, como en 68, resulte la experiencia personal y *generacional* a que se tiene derecho.

LO QUE NO QUEPA EN UNA CIFRA, YA NO CUPO EN LA REALIDAD

El discurso de los activistas se impone con rapidez a la desinformación y el relajamiento, y mucha de su persuasión es gracia del nuevo tótem de la vida social, las estadísticas. Aquí está, en cifras tremolantes, todo lo que usted quería saber o desconocer de la UNAM: de los 325 mil estudiantes, 80 mil trabajan; el 76.2 por ciento de las familias de estudiantes gana menos de dos salarios mínimos; entre 1981 y 1986 el presupuesto real de la UNAM disminuyó en 44 por ciento, y el costo real por alumno descendió de 6 301 pesos a 2 899 y el dato del salto cuantitativo que es cualidad de las masas: la UNAM aumenta su población de 55 mil en 1960 a 303 mil en 1980. (En 1986, hay 2 millones 700 mil estudiantes de bachillerato y educación superior, más del 16% del grupo de la población con edades entre 16 y 24 años.)

Al suprimirse casi todos los recursos de movilidad laboral que propició la Revolución Mexicana, un resentimiento vasto anticipa la vigorización de la lucha de clases. Y la credibilidad que obtienen las estadísticas proviene del vínculo entre el dato y la vivencia individual (que es certeza social): al año ingresan a la búsqueda de trabajo más de un millón de jóvenes; de ellos, y en el mejor de los casos, sólo 100 mil obtendrán empleo formal. Al darle aspecto contundente a las observaciones empíricas, los números encarrilan un hecho: como nunca, hoy las mayorías repudian, si está en su mano hacerlo, todo lo que confirma la situación primordial de la vida mexicana, la desigualdad, que en el orden universitario anula o restringe el destino profesional de cientos de miles.

Esto lo dicen de muchas maneras los organizadores del movimiento estudiantil que se reúnen desde el 26 de septiembre en el Auditorio de Humanidades. Su programa es sencillo: la defensa de los derechos educativos de las masas, la no aceptación “de que la lógica del sistema educativo sea una lógica de eficiencia financiera”. El argumento más sólido está a la vista: desde principios de los ochenta, las oportunidades para los jóvenes, nunca demasiadas, se han ido evaporando, y quien se proponga una carrera universitaria, ya está al tanto de algunos determinismos. Quien quiera *hacerla*, necesita de la posición económica de su familia, de las relaciones amistosas que son complicidad de clase, del mucho tiempo disponible y sin angustias económicas, de los viajes frecuentes al extranjero, de la facilidad para adquirir libros y objetos de trabajo.

Triunfar, en el sentido competitivo del vocablo, es acción que demanda pertenecer de antemano al ámbito de los triunfadores. Ya en

los años cuarenta se decía en voz no tan baja, que un estudiante del turno de la noche sería un profesionalista de segunda clase. Hay una definición posible de *aventurero*: “aquel que estudia atenido únicamente a sus méritos, y en universidades del Estado”. Así es la cosa. En el reparto de glorias sexenales, a la UNAM la han ido desplazando los centros de enseñanza privados, la Universidad Iberoamericana, el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), la Universidad Anáhuac, la Universidad La Salle, la Universidad de las Américas. En reportajes y comentarios se menciona a los egresados de las universidades privadas que ahora juran proteger con su capa de virtud a los menesterosos. Por ejemplo, Emilio Gamboa Patrón, secretario particular del Presidente; Pedro Joaquín Coldwell, gobernador de Quintana Roo de 1981 a 1987; Genaro Borrego, gobernador de Zacatecas, Pedro Aspe, subsecretario de Programación y subsecretarios, oficiales mayores, directores generales.

¿Erradicarán tal situación las medidas propuestas por Rectoría? En las asambleas del CEU el escepticismo deviene consigna: “No se pueden aceptar ni exclusiones ni trabas en el ingreso de jóvenes de bajos recursos, cuando el 93 por ciento de los jóvenes mexicanos de 20 a 24 años quedó fuera de la educación superior”. A la consigna la sustenta una creencia: quien carezca de recursos económicos, obtendrá quizás un título, pero no una *posición*, algo que requiere de la “infraestructura de apoyo” que, en este sistema, nada más unos cuantos tendrán. Y de acuerdo con esta lógica, el pase automático, que consolida en 1968 el rector Javier Barros Sierra, no es ni mero “privilegio”, ni valor negociable y las propuestas de Rectoría, así sean importantes, se han presentado con apresuramiento lamentable.

LA “MÍSTICA” DEL PASE AUTOMÁTICO

Si tan pocos concluyen la carrera, y si en la óptica social, y sobre todo, en la propia evaluación académica, ha disminuido tanto el prestigio de la licenciatura, los beneficios de la enseñanza profesional se medirán también por la experiencia de la vida universitaria en su conjunto, y por los cambios que sufra cada estudiante mientras frecuente los salones de clase y la escuela (nunca lo mismo). La movilización contra las reformas estalla en el momento en que los estudiantes de bachillerato sienten en riesgo el ingreso a las facultades, su gran alternativa. Para cientos de miles de jóvenes, el pase automático es en lo esencial *el derecho a la Universidad*, que se traduce

como victoria familiar, incremento de las oportunidades al alcance, movilidad cultural, ilusión profesional, conciencia política en distintos niveles. Este *derecho a la UNAM* es parte del patrimonio ideal y real de las clases medias y, en buena medida, de las clases populares, un patrimonio que a realidades atroces opone una serie de compensaciones psicológicas y culturales.

Esto deriva de la fe múltiple en los años universitarios, “los mejores de nuestra vida”, el tiempo insólito donde se aprende, se adquiere una perspectiva nacional, se conoce a gente interesantísima, se milita o se vislumbran las pasiones políticas, se fornicia con libertad, y se es plenamente rebelde, aunque nadie lo advierta. No por idealizada, la imagen es menos verdadera para quienes creen en ella, habida cuenta de los sitios y los hogares de donde muchísimos provienen. (Indica Olac Fuentes: “Los nuevos aportes sociales le han dado a la Universidad un tono plebeyo que ha desbordado el viejo carácter elitista. Alumnos procedentes de estratos de formación reciente de asalariados y de los aparatos gubernamentales, del campesinado medio, de los sectores obreros de mayor productividad, y el caso cada vez más común del trabajador que estudia, representan, en algunas universidades, el componente mayoritario”).

En medio de la zozobra laboral y profesional, ¿quién cree cumplible el ideal de formación estricta con resultados garantizados de antemano? ¿Y quién podrá regimentar “a la antigua” a la UNAM? En 1975 o 1979, los estudiantes creían ir hacia algún lado, a cubrir necesidades de la expansión del país en la burocracia federal, las empresas privadas, las universidades mismas. Pero en 1986 no convence la exhortación de Rectoría a forjar profesionistas altamente competitivos en el mercado de trabajo. ¿Cuál “mercado” y quién dicta allí las reglas? ¿Se busca alentar de nuevo sólo a los individuos excepcionales? El rector Carpizo anima a los estudiantes a medirse en igualdad de circunstancias formativas con los egresados de universidades particulares. Y los espectadores se sienten incitados a la tarea no creíble: pertenecer a la minoría privilegiada mediante el único esfuerzo de la voluntad. Se afirma en una ponencia del CCH-Oriente: “Nos iremos a la huelga, porque el problema del pase automático es una mística por la que luchar”.

Hay otras maneras de considerar el asunto. Por ejemplo, la de uno de los mejores analistas políticos del país, Carlos Pereyra, en el artículo “Tribulaciones de la lógica académica” (*La Jornada*, 12 de diciembre de 1986):

El peso muerto de una tradición con pobre contenido académico marca el carácter de la oposición (a las reformas). Tómese, por ejemplo, el caso de la exigencia de una calificación promedio mínimo de ocho para tener derecho al pase automático. Se da por supuesto, sin mayor fundamentación, que esa exigencia restringe el ingreso de estudiantes a la enseñanza superior. Se trata de un supuesto falso, pues esa exigencia no disminuye un solo lugar en las escuelas y facultades de la UNAM. Si esa medida entra en vigor, ingresarán tantos alumnos como lo hacían antes de su adopción. La única novedad radical es que los estudiantes de la ENEP y del CCH tendrán que presentar examen de ingreso si no obtienen el promedio mencionado, como ya lo hacen cada año miles de jóvenes provenientes de otros planteles educativos. Las denuncias de esta medida como antidemocrática, elitista y restrictiva se desvanecen en pura palabrería imprecisa. En cualquier caso, ¿dónde está la reflexión que muestre la conveniencia académica de mantener el pase automático irrestricto, sin ninguna exigencia de promedio mínimo?

Pero estas razones no convencen a la legión de escépticos, que si desconfían de la perfección académica, y de las metas del logro individualista, no es sólo porque a diferencia de otras generaciones, han dejado de creer religiosamente en la UNAM, en sus burocracias sucesivas y simultáneas, y en el eje de su darwinismo social: la eficacia en la obtención de empleos lucrativos, sino porque el proyecto de reformas apenas se esboza y no convence.

Además, y ésta será otra causa fundamental del movimiento estudiantil de 1986-1987, se acentúa por doquier la gana de participar. Muchos evocan con entusiasmo las brigadas de solidaridad durante las semanas del terremoto. Si ya se intervino decisivamente, ¿por qué no ahora?, ¿por qué seguir jugando a la lotería del mando donde sólo uno de cada millón tendrá que ver con las transformaciones nacionales?

FLASHBACK: DE LA HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

En su breve paso por la Universidad de México en 1920, el rector José Vasconcelos se da tiempo para implantar un lema: “Por mi raza hablará el espíritu” (traducción aproximada: el vocero autorizado de la nación es la élite cultivada), y convocar a los universitarios a las trincheras revolucionarias. Aunque para Vasconcelos la revolu-

ción es humanismo y nacionalismo, muchos rechazan su llamado, fieles a la tradición iniciada en el virreinato: el estudiante es un privilegiado cuya primera misión es la defensa de los intereses creados.

En países constituidos por la desigualdad inmensa, la universidad es preparación para el mando en cualquier nivel. De allí la arrogancia de quienes se sienten los guardianes de la continuidad social y moral, que supera con mucho la otra tendencia, según la cual estudiar es adquirir compromisos con el pueblo, que tanto espera de sus profesionistas. En la lógica prevaleciente, un centro de enseñanza superior es el gran aprendizaje jerárquico. Y en 1921 o en 1939, el régimen de la Revolución Mexicana irrita y aterra a gran número de maestros y alumnos, recelosos del discurso estatal (al que identifican con la “legalización del vandalismo”), y desdeñosos de cualquier “ánimo misionero”. En 1923 los preparatorianos combaten a José Clemente Orozco: sus murales son impíos y horrendos, amenazan a la religión y a la estética. En 1929 quienes luchan por la autonomía universitaria se consideran, en obediencia al legado del Ateneo de la Juventud, la vanguardia moral y, por tanto, la esencia cultural del país.

La autonomía es, en sus inicios, distancia certificada con el Estado populista y jacobino. Y los primeros estudiantes de la UNAM no quieren heredar un país anarquizante. En 1933, en el debate político e ideológico entre Antonio Caso y Vicente Lombardo Toledano, la mayoría apoya al primero, que se opone a la imposición en la UNAM de la “ideología socialista”. Lombardo redacta el dictamen de la comisión que preside:

Las universidades y los institutos de tipo universitario de la nación mexicana contribuirán, por medio de la orientación de sus cátedras y de los servicios de sus profesores y establecimientos de investigación, en el terreno estrictamente científico, a la sustitución del régimen capitalista, por un sistema que socialice los instrumentos y los medios de producción económica.

En cambio Caso —con razón, desde mi punto de vista— proclama la libertad de cátedra: “La Universidad de México es una comunidad cultural de investigación y enseñanza; por tanto, jamás preconizará oficialmente, como persona moral, credo alguno, filosófico, social, artístico o científico. . .”

De 1934 a 1940, el Estado sostiene la pedagogía imposible: la educación socialista, que desde el Artículo Tercero Constitucional pretende “el concepto racional y exacto del universo”. En la UNAM se

concentra el odio de la élite inevitable (los estudiantes de grado superior) contra el populismo gubernamental: “La Universidad ya no era un reducto que se asaltaba sino un pequeño islote en una llanura inundada por el torrente socialista” (Sebastián Mayo, *La educación socialista en México*). No exactamente, pero así se conciben los resultados del radicalismo oficial.

El deseo de enclaves semibolcheviques en medio del capitalismo en ascenso, obliga a la demagogia, afianza la tradición antintelectual de la izquierda, destruye utopías breves como la Universidad Socialista de Michoacán y le facilita a la derecha el manejo de los miedos y prejuicios de las clases medias. Y durante un largo periodo, los estudiantes se dividen más que por convicciones, por los mitos del temperamento romántico o el temperamento conservador en los trances de juventud. Luego, ya se sabe, todos compartirán, en un nivel adecuado, las responsabilidades del poder.

Uno tras otro, los movimientos estudiantiles en la UNAM en los años treinta y cuarenta, con sus huelgas y caídas de rectores, corresponden a los ajustes para flexibilizar en algo las jerarquías rígidas, que son parte de la lucha por la modernización. Ahora sólo divierte el idioma prosopopéyico de los rectores Rodolfo Brito Foucher, Luis Chico Goerne o Genaro Fernández MacGregor, pero en su momento condensa el tradicionalismo, la noción correccional de la UNAM. Con solemnidad, los estudiantes (de traje y corbata) se oponen a la solemnidad que los ahoga, que intenta someterlos a una mentalidad arcaica.

A la vida estudiantil, el régimen de Miguel Alemán le añade el triunfalismo y un tono festivo, que se desprende de la nueva idea de *juventud*, época de la vida sin responsabilidades. Se actualizan de modo paulatino las carreras técnicas, permanece estática la enseñanza humanista, y en su conjunto, la UNAM parece rezagada. Como su fin de fiesta, el presidente Alemán le regala a los universitarios el lujo del recinto contemporáneo, la Ciudad Universitaria.

Ahora es imposible reconstruir lo que significó el paso de los edificios del centro al Pedregal, y cómo cierta resistencia estudiantil al traslado fue más cultural que política. Pero *cu*, puesta en marcha en 1954, prueba con nitidez la influencia de la arquitectura sobre el estado de ánimo, del espacio sobre las concepciones académicas. Al identificarse los nuevos edificios con la nueva mentalidad, caduca una versión de la vida universitaria. Hay, por primera vez en México, *campus*, el territorio verde que es señal de la metamorfosis general, que al principio se expresa por la renuncia al traje y la corbata,

las atmósferas como de *high-school*, los *cheer-leaders*, y la puerilización de la apariencia estudiantil, entre entusiasmos deportivos y renuncia a las ideologías. *Por la gloria de su equipo, / el Espíritu hablará*. La americanización alcanza el territorio de la formación profesional.

De Alemán a Díaz Ordaz, la Universidad es el gran escenario de la movilidad social, y los precarios movimientos estudiantiles señalan las debilidades del sector que se opone a la despolitización o, las más de las veces, que desea capitalizar la despolitización. El universitario goza de un derecho limitado de libertad de expresión, y aprende las prerrogativas del lugar fijo en la sociedad. En este contexto, la autonomía no se pretende extraterritorialidad sino conducta al margen de la ortodoxia, o mejor, aprendizaje de la ortodoxia en el seno de la heterodoxia efímera.

Durante un largo periodo, las asociaciones estudiantiles son parte del entrenamiento político y social, boxeo de sombra que es fachada negociable. La Federación Estudiantil Universitaria (FEU) es el membrete típico. Sus líderes transcurren entre antesalas de ministros y convites para allegados que hacen las veces de multitudes. Por entonces, se le da parcialmente la razón al funcionario Guillermo Martínez Domínguez: “El PRI no necesitó durante mucho tiempo escuela de cuadros. Ya la tenía: el Partido Comunista”. Intransigencia de horas, conformidad para el resto de la vida. Los oradores incendiarios reaparecen como jilgueros de las campañas presidenciales.

En América Latina nuevos fenómenos van elaborando de manera subterránea o notoria otra imagen estudiantil. Uno, decisivo, la Revolución Cubana. Otros: la radicalización en las grandes universidades de Norteamérica, el crecimiento de los sectores americanizados. En 1966, al rector de la UNAM Ignacio Chávez no le complace la continua expansión universitaria. Él cree en la excelencia de las minorías, el rigor formativo, la disciplina. Contra su proyecto se rebelan unos “líderes estudiantiles” de Leyes, azuzados desde una sombra muy iluminada por testafierros del presidente Díaz Ordaz, molesto por algunas actitudes del rector. Con violencia, el Comité de Lucha de Leyes obtiene la renuncia del doctor Chávez. Triunfa ampliamente el autoritarismo priista sobre el autoritarismo académico. Desaparecen las (fantasmales) federaciones estudiantiles y se inician los Comités de Lucha.

Cualquier análisis de los sucesos de 1968 necesita considerar hasta qué punto el miedo a las “conjuras extrañas” del presidente Díaz Ordaz se transformó en conspiración desde la cúpula estatal. El Pre-

sidente reprime para evitar la agitación, y al responder las víctimas, se propone acallarlas con más violencia. ¿Qué es, en un nivel, lo que llamamos *el 68*? Las respuestas sucesivas a las agresiones policiacas a las dos marchas el 26 de julio, a la toma con lujo de bazuka de la Preparatoria de San Ildefonso, a la evaporación de cadáveres (no hay constancia de la muerte de varios estudiantes, no hay pruebas de que nacieron siquiera), al encarcelamiento de militantes de izquierda y estudiantes, al asesinato de jóvenes que hacían pintas, a la ocupación con ejército del Instituto Politécnico Nacional y la Ciudad Universitaria. . .

La demanda moral, sin la cual ningún movimiento existe verdaderamente, se concreta en el pliego de seis puntos del CNH, cada uno de los cuales combate una injusticia límite: libertad de los líderes ferrocarrileros, encarcelados hace 10 años por pretender la independencia sindical; cese del jefe y el subjefe de la policía metropolitana, símbolos del desprecio a los derechos humanos y civiles; desaparición del anticonstitucional cuerpo de granaderos, feroz recordatorio del monopolio gubernamental de la calle; castigo a los responsables de las agresiones a los estudiantes; supresión del artículo 145 Bis del Código Penal Federal, que hospeda al delito de “disolución social”. . . Y el justo resentimiento contra los atropellos históricos y presentes del Sistema, se mezcla con las exigencias democratizadoras de las clases medias, la crítica a las prisiones culturales del nacionalismo, las variantes del lenguaje de izquierda, el espejismo de la revolución encabezada por la vanguardia estudiantil, el chovinismo universitario, la burla a la retórica oficial.

La matanza del 2 de octubre liquida el movimiento y le abre paso a la clandestinidad real y psicológica de los grupúsculos que convierten su explicable rencor en proyecto utópico. A la par del desarrollo del marxismo en las universidades, y de la gran inversión estatal en educación superior causada por la necesidad de reconciliarse con el sector de aprovisionamiento gubernamental, el movimiento estudiantil se radicaliza, hostiga sin cesar a “reformistas y socialtraidores” y ensaya el Juicio Final en cada asamblea. A la evocación incesante del 68 se agrega la matanza del 10 de junio de 1971. Es va tiempo para la emergencia de grupos guerrilleros, todos al principio de extracción universitaria, que en Culiacán, Monterrey, Puebla, Morelia, Guadalajara, el Distrito Federal utilizan algunas escuelas como “casas de seguridad”, mientras preparan el “clima prerrevolucionario”. Un grupo significativo, por la rápida militarización y por su ubicación de la izquierda “aperturista” como el enemigo número uno:

los “enfermos” de Sinaloa, que emiten la tesis de “la Universidad-fábrica”, y conciben el lema más furioso del poscastrismo: “Torta o muerte”.

En los años setenta en las universidades se transita del sectarismo delirante a la indiferencia, del mesianismo al interés en la vida cotidiana. En su ensayo “Veinte años después” (*Nexos*, 116), Gilberto Guevara examina con agudeza el periodo:

Aunque en términos generales se pueda decir que 68 tuvo conquistas, es evidente que la masacre de Tlatelolco y la represión y provocación sistemática que aplicó el Estado contra los estudiantes fueron el *factor estructurador* de la cultura política que prevaleció en el campus universitario. Aunque entre 1969 y 1975 el movimiento tuvo oportunidad de demostrar su extraordinaria fuerza y vitalidad, parece innegable que su evolución general fue hacia la descomposición política. Varios elementos apoyan esta tesis: el abandono de las prácticas democráticas, la separación de vanguardia y masas, el sectarismo, la desconfianza, la intolerancia, las actitudes viscerales, la entronización de prácticas inquisitoriales y persecutorias, el doctrinarismo, las mistificaciones populistas, el activismo y el rechazo a la organización formal. Todos estos síntomas identifican la cultura no abierta, sólo apta para iniciados, que llevó al movimiento estudiantil a un colapso casi total.

A partir de 1977 los sindicatos de trabajadores universitarios se hacen cargo de espacios antes privativos del movimiento estudiantil. Las universidades crecen, pero los grupos de activistas no, y su comportamiento apenas se modifica: divisiones al infinito, asambleas que son tribunales de ausentes y presentes, lecturas devocionales de Marta Harnecker (o sus memorizables equivalentes), sitio de honor al reformismo entre la escoria de la humanidad, y metodologías desafiadas. Y escasísima, si alguna, capacidad para hacerse oír en la universidad de masas.

DE LA VINDICACIÓN DE LA INTRANSIGENCIA

El 31 de octubre se constituye formalmente el Consejo Estudiantil Universitario (CEU), con el lema omnímodo: “Derogación”. En la etapa del 12 de septiembre al 11 de diciembre, lo fundamental, indica el economista Alejandro Álvarez, “es denunciar el carácter *ilegal*

de las medidas”, y declarar al CEU el representante de la legalidad universitaria. Un razonamiento detallado conduce a esta acción: si el peligro de un aferramiento mecánico a la legalidad es burocratizarse, el desdén arrastra riesgos severos: la represión, el desgaste y la vía libre al autoritarismo exacerbado. Por eso, en la graduación por etapas, a ésta le corresponde una exigencia: derogar.

Continúan las discusiones acaloradas en las asambleas de Medicina y Ciencias Políticas. El 6 de noviembre hay una marcha de antorchas con 10 mil asistentes. El CEU convoca (en vano) al rector a un debate público en el Auditorio de Humanidades el día 11. El 12 de noviembre se inicia el diálogo formal con Rectoría, y el CEU agrega a su demanda central un gran congreso sobre el papel de la UNAM en el proyecto de nación, su organización interna y la reestructuración académica. Afirma Guadalupe Carrascó: “Para nosotros, la verdadera reforma universitaria surge de las bases y no de un puñado de funcionarios”. Imanol Ordorika señala: “Queremos tabla rasa; que se derogue y empezar de nuevo”.

También el 12 de noviembre se inaugura en el conflicto la ultraizquierda. Durante diez horas, unos adolescentes de la Preparatoria Popular de Tacuba y del CCH Popular 6 se apoderan de la Torre de Rectoría, y según denuncia de las autoridades universitarias ante el Ministerio Público de Coyoacán, causan destrozos en 36 archivos escolares, alimentan fogatas con material administrativo, y golpean con tubos y palos a nueve trabajadores. Desde el primer momento, el CEU se deslinda y condena la acción.

El 13 de noviembre paran las preparatorias, los Colegios de Ciencias y Humanidades y siete facultades de Ciudad Universitaria, y el CEU presenta el documento “El renacimiento de la Universidad (Propuesta de programa académico)”, pleno de entusiasmo lírico:

Los mismos jóvenes que mostramos nuestra capacidad de sacrificio y responsabilidad durante los aciagos días que sucedieron el 19 de septiembre de 1985, con una honestidad y vergüenza que ningún político en el poder ha conocido en su vida, somos los que hoy hemos decidido no sólo participar en la reconstrucción de nuestra ciudad sino también de nuestra Universidad. ¿No es acaso una vileza que los mismos que nos aplaudieron ayer, hoy pretendan ensuciarnos e involucrarnos en los sucios juegos en que han desperdiciado sus vidas? Una nación que no confía en su juventud es una nación incapaz de toda redención. . . No somos un movimiento destructivo y caótico, somos el nuevo orden que bro-

ta desde abajo en todo el país; la Universidad no es la excepción. Nuestro objetivo no es tirar al rector sino enseñarle a conducirse de manera democrática y respetuosa con la comunidad que conduce. . .

El CEU pide recuperar el tiempo universitario (eliminando los semestres que en realidad funcionan como bimestres), recuperar el espacio universitario (bibliotecas, cafeterías), dar fin al carácter compartido del currículum universitario, controlar de modo democrático los ingresos y gastos universitarios.

En *La Jornada* y *Excelsior* se intensifica la guerra de los desplegados. De ellos un 90 por ciento, suscrito multitudinariamente por el personal en institutos y facultades, y por los santones académicos, apoya las reformas. La Rectoría inicia sus propuestas conciliatorias: programa de becas para alumnos de bajos recursos económicos, exámenes especiales para quienes no alcancen el 8 mínimo de promedio en bachillerato, cursos preparatorios a los egresados del bachillerato de la UNAM que presenten examen de selección a licenciatura.

El 24 de noviembre, en el Palacio de Minería, egresados de diversas facultades le ratifican su apoyo al rector Carpizo, y el mismo día se divulga la presencia, que será tan efímera, de la UNACE, Unión Académica Estudiantil, a favor de las reformas:

Creemos que tan antiuniversitario es el apoyo incondicional e irreflexivo a la autoridad, como la oposición total, sistemática y prejuzgada. . . Las medidas [de Rectoría] no son perfectas, pero representan un primer paso. . . Creemos en una Universidad mejor. UNACE es un grupo propositivo, estamos decididos a ser parte del proceso de reforma universitaria. . .

¡ESTUDIANTE, SÉ PARTE DEL PROCESO DE REFORMA UNIVERSITARIA!

¡TU PREPARACIÓN PROFESIONAL JUSTIFICA UN MAYOR ESFUERZO!

El 21 de noviembre, en documento de plana entera, una tercera fuerza exige una reforma universitaria por concertación, proponiéndose, según Daniel Cazés, “como virtuales sustitutos del movimiento estudiantil”. El Sindicato de Trabajadores Universitarios (STUNAM), con Evaristo Pérez Arreola a la cabeza, emite un manifiesto de final muy afirmativo:

Sí a un código de derechos y deberes de los estudiantes.

Sí a la Reforma de la UNAM.

Sí a un pacto de concertación reformadora entre el STUNAM y el Consejo Universitario.

Sí a la modificación de la estructura de la UNAM.

El 25 de noviembre la primera marcha fuera del campus, del Parque Hundido a Ciudad Universitaria. Los organizadores calculan 60 mil. Más cauta, la policía confiesa sólo haber visto 10 mil, y algunos observadores con afán mediador, contabilizan 25 mil asistentes. En el debut, exceso de vigilancia (agentes uniformados, motociclistas, policía montada, mujeres policía, helicópteros), teatro callejero (mimos, escenificaciones de la muerte de la democracia en la UNAM), y porras ortodoxas y heterodoxas:

Prensa vendida/ no somos cien, cuéntanos bien.

Güisqui, chupe, peda/ arriba/ arriba la Gabino Barreda.

ZOBRE LA HEXCELENCIA HACADÉMICA

A fines de 1986 ya se han delimitado los discursos paralelos, el de la excelencia académica y el de la igualdad de oportunidades. Si esto es medible, de abril de 1986 a enero de 1987 la opinión pública se decide por la excelencia académica, que es tanto una nota irrefutable como el mito fundador de la expansión de la burocracia universitaria.

En diciembre prosigue el debate. Entre otros, José Woldenberg señala los dos comportamientos que impiden por igual el diálogo negociador: la inercia antiautoritaria y el alineamiento a favor de quien ejerce el mando. El CEU insiste: derogación, y los funcionarios buscan soluciones intermedias. Arturo Azuela, director de Filosofía y Letras, y miembro de la comisión de Trabajo Académico, califica de “últimátum” el planteamiento del CEU, y llama a los dirigentes a superar medidas radicales. Si no, la confrontación no beneficiará a nadie. Se siguen con atención los sucesos internacionales, en especial la huelga estudiantil en Francia, el estudiante muerto el 6 de diciembre, la caída del ministro de Educación.

El 11 de diciembre, una segunda manifestación, más amplia y jubilosa, del Parque de los Venados a Ciudad Universitaria. El número es elevado, 50 o 60 mil estudiantes, pero una asistencia menor sería motivo de tristeza en la universidad de masas. ¿Qué quiere decir esto? Que en la UNAM los movimientos representativos deben estar

a la altura de las vivencias cotidianas: aulas colmadas, clases-mitín con 200 o 300 alumnos, cuatro turnos en cada Colegio de Ciencias y Humanidades, tutoría de multitudes, anomia, métodos tradicionales de enseñanza que se extravían en el gentío, liquidación de la idea y la práctica de la “generación estudiantil”, en el sentido de grupo amplio donde todos se conocen, y se prometen apoyo. También, la universidad de masas significa el fin de la oposición clásica entre la élite y las multitudes.

Ahora, a los centros de enseñanza superior (o postsecundaria, recitifica Octavio Paz), concurren *las élites de las masas*, ya muy distintas a las antiguas élites que lo eran por su número exiguo y su ambición sobresaliente. Lo excepcional se ha multiplicado, y un título profesional ya no es la novedad que distingue a una familia en el vecindario.

“LA HISTORIA QUE NOS HA SIDO ARREBATADA”

Las vacaciones de diciembre no amenguan el ánimo y a principios de 1987 la actitud es más combativa, se exige 100 por ciento más de subsidio a la UNAM, respeto a la autonomía, transformación democrática, reconocimiento de la falta de escuelas ante el número excesivo de estudiantes. El CEU se propone “recuperar una historia que les ha sido arrebatada”, y se declara inscrito en la tradición que corresponde a un estilo político: “el de la movilización de masas y reflexión colectiva, que permita hacer de las universidades, en particular de la Nacional, palancas que lleven a un país distinto, evidentemente a través de la proposición de proyectos educativos transformadores del cambio”. Rectoría contesta con numerosos desplegados de autoencomio y algunas precisiones: Por ejemplo, ante la argumentación del CEU, fundada en el Artículo Tercero Constitucional, sobre el carácter gratuito de la enseñanza, se replica: las modificaciones no son anticonstitucionales, porque no se cobran servicios educativos, sino servicios extraordinarios.

Lunes 5 de enero

Todo dispuesto para el gran enfrentamiento, el debate público que durará cinco días y será transmitido por Radio Universidad, de acuerdo a la solicitud del CEU, aceptada por Rectoría con flexibilidad e inteligencia. En el Auditorio de Humanidades (Che Guevara o Justo Sierra, según se atienda a la tradición de 1967 o a la de 1910) espe-

ra una multitud anhelosa, profusamente ceuista. Una mesa larga y diez personas de cada lado, acechadas por grabadoras, cámaras y libretas de apuntes. De parte de Rectoría, el doctor José Narro, secretario general de la UNAM, y funcionarios y maestros: Carlos Barros Horcasitas, Mario Ruiz Massieu, Fernando Curiel, José Sarukhán, Jorge del Valle, Humberto Muñoz, Raúl Carrancá y Rivas. De parte del CEU: Carlos Ímaz, Imanol Ordorika, Leyla Méndez, Andrea González, Antonio Santos, Óscar Moreno, Luis Alvarado, Guadalupe Carrasco. Y un equipo de asesores para cada grupo.

Lo primero: establecer los tonos del diálogo. El doctor Narro, con la voz pausada que denota confort institucional, habla de los esfuerzos máximos de la UNAM, hay autonomía, el cupo se ha establecido según criterios racionales y es imposible más. Terminada su alocución, oída con respetuosa incredulidad, sigue la ronda del toma-y-daca, de la sorna o el alborozo ante cada frase. El asesor del CEU Roger Bartra califica a las modificaciones aprobadas de “trágica equivocación”. En cambio, según Abelardo Villegas, asesor de Rectoría, “no se puede ser crítico desde la ignorancia, y desde la ignorancia no se puede modificar al país”. Y asegura el filósofo Leopoldo Zea, en abono del paquete de reformas: “la administración de la UNAM no ha querido hacer, ha puesto en marcha”.

Martes 6

Es muy dificultosa la entrada al Auditorio. El STUNAM declara su apoyo al CEU. Al psicólogo Jorge del Valle, el más vehemente de su lado de la mesa, le incomodan “las extrapolaciones abusivas” de los líderes estudiantiles. Antonio Santos es totalizador: “Además de la razón, tenemos la fuerza. Si en Rectoría en vez de abogados hubiera pedagogos, otros hubieran sido los planteamientos”. Con indignación medida por la necesidad de verterla dramáticamente, responde el licenciado Ruiz Massieu: “Si ustedes sostienen que las medidas se basan en el derecho y no en la pedagogía, sean congruentes con esa posición, estamos esperando su proyecto, porque sus planteamientos han sido precarios”.

Pronto la opinión pública discierne las virtudes del liderazgo: la capacidad de síntesis de Ímaz (del posgrado de Ciencias Políticas), la elocuencia agresiva de Ordorika (de Ciencias), la implacabilidad de Guadalupe Carrasco (de Ciencias), el sarcasmo militante de Santos (de Filosofía), la vehemencia lírica de Óscar Moreno (del CCH-Azcapotzalco).

Un tema de discusión: ¿Cuántos más caben en la UNAM? De 1980 a 1985 la matrícula del bachillerato descendió de 140 a 119 400 estudiantes. Rectoría alega la grave caída de los ingresos propios de la institución, que hoy sólo suman el 5 por ciento del total. Y precisa Humberto Muñoz: “Las profundas desigualdades sociales no las podemos corregir en esta mesa de trabajo”. Los estudiantes escudriñan las cifras del pesimismo de las autoridades: entre 1972 y 1985 el personal de confianza pasó de 4.7 a 19.8 por ciento del total del personal administrativo. Y en un muestreo reciente, de los de recién ingreso a facultades, el 70 por ciento venía de escuelas públicas y el 30 por ciento de privadas.

Miércoles 7

Según el CEU, los exámenes departamentales, con su pretensión uniformadora, atentan contra la libertad de cátedra: “El reglamento exige cuotas de producción como si estuviéramos en una fábrica”. Antonio Santos lee un texto del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, quien considera que son y deben ser prescindibles las supuestas ventajas del examen departamental, pues no eleva la calidad, limita la participación del alumno y priva al docente de calificar al estudiante.

El doctor Miguel León-Portilla, asesor de Rectoría, habla de concordia, predica el diálogo a la usanza prehispánica, y concluye: “Como autónomos y pluralistas, le debemos un ejemplo al país de que sabemos obrar”. Es el turno del editorialista Gastón García Cantú, adversario constante del CEU, quien previene a los estudiantes contra la intransigencia. En 1968, les dice, los estudiantes atacaron al rector Barros Sierra, y los intransigentes lo acusaban de agente del gobierno. Y luego todos sus agresores ocuparon puestos en el gobierno de Echeverría.

Le responde Carlos Ímaz: el señor García Cantú hace dos meses describió a los del CEU como pseudoestudiantes y agitadores profesionales con intereses oscuros, y ahora viene como si nada a dialogar con nosotros. Lee un texto del rector Barros Sierra, ya calificado de “undécimo miembro de la comisión del CEU”, revela que pertenece al libro de conversaciones con García Cantú, y se indigna: no permitiremos que nadie llame traidores o policías a los líderes del 68, a Heberto Castillo, Gilberto Guevara Niebla, Pablo Gómez, Raúl Álvarez, Luis González de Alba.

En toda la ciudad se oye Radio UNAM, y abundan los comentarios: no persuade la comisión de Rectoría. Aun si se les abona a sus

integrantes la presión del público, sus limitaciones esenciales sintetizan la situación política, cultural, psicológica de la burocracia en general, no sólo de la universitaria. Ser burócrata es condicionar cada tema a su expresión permitida, entrenar la espontaneidad, cuidar la imagen pública como si se tratara del yo íntimo. Por eso, al margen de su inteligencia específica, cuando un burócrata *improvisa* (no en el sentido de decir las cosas por primera vez, sino de ignorar por vez primera las reacciones de su auditorio), suele, en su inseguridad, aferrarse a bloques mentales y verbales de lenta y demagógica enunciación.

En ningún momento del debate los funcionarios son *naturales*, los sorprende más la existencia que las razones de sus opositores. En cambio, y sin glorificar a la representación del CEU que paga el inevitable tributo al populismo y al discurso de efecto inmediato y concesiones sarcásticas, lleva ventaja porque carece de rodeos expresivos y habla a nombre de las exigencias vitales de decenas de miles.

El éxito de los ceuístas se debe en gran parte a que rechazan las “buenas maneras” y el respeto prefabricado a quienes nos antecedieron en el uso del currículum. En las transmisiones de Radio Universidad los entrenados en el no decir, se ven frágiles ante la expresión contundente, y el argumento de autoridad implícito en la voz ceremoniosa sucumbe ante el argumento de autoridad implícito en la atención cinegética a las palabras del adversario. Al diálogo, los representantes del CEU van a combatir razonamientos administrativos y a difundir señales utópicas, y en el camino hallan un aliado: la falta de verdadero entrenamiento ideológico de una burocracia que combina la sagacidad para el memorándum con el desdén por cualquier uso apasionado de las ideas, y que fue arrastrada, sin su consentimiento íntimo, en el maremágnum de las reformas del rector Jorge Carpizo. La ejemplaridad de las transmisiones de Radio Universidad los entrenados en el no decir se ven frágiles ante la expresión que se afianza responde a realidades anímicas profundas; el lenguaje que se evapora es función de los intereses creados.

Ante el silencio admirativo, el ceuista habla. Ante el murmullo combativo el funcionario se expresa. Y el escucha de Radio Universidad —y lo son cientos de miles— admite que la vivificación democrática pasa por el desnudamiento de los prestigios immanentes. El ejemplo más citado: el jurista y funcionario argumenta sobre el carácter gratuito (rebautizado en el conflicto de modo unánime como “la gratuidad”) de la enseñanza. Él, enemigo del maniqueísmo del CEU, considera indispensable interpretar el Artículo Tercero Consti-

tucional del siguiente modo. . . El líder del CEU lo ataja: “No lo interprete, doctor. ¡Léalo!” Y el oyente atestigua el duelo de la reputación previa versus la convicción. Los de *aquel lado de la mesa* pagan de golpe por todos sus ancestros, por las décadas de rigidez administrativa, de famas sustentadas en la adecuada selección de sastrero y de vocabulario inextricable, de gloria académica sin comprobación.

El abogado Marcos Kaplan reprende a quienes le silban: plantear todo o nada es catastrofista, es caer en el síndrome ultra de la posesión múltiple de la verdad. La rechifla lo acosa, y Ordorika pide orden y respeto. Silencio de inmediato. Es el turno de un ceuista, y tras la metáfora golpeadora, al cabo del aplastamiento lógico y político del adversario surge el canto de estímulo: “¡DURO/DURO/DURO!”, tomado del fútbol soccer. Al principio se aplicó con un criterio un tanto más deportivo: sigue con fibra, esquiva a los enemigos, profánalos su meta antes tan virginal. Pero el transcurso de las sesiones, y la certeza de las resonancias radiofónicas, “militariza” el grito de apoyo, volviéndolo el taladro acústico, el ariete vindicador, el aplastamiento de las argucias del enemigo. ¡DURO/DURO/DURO! Destrózale la tesis, acaba con su falsa dialéctica, exhibe su ignorancia.

Jueves 8

Antes de iniciarse la sesión de la mañana, se comenta entre los periodistas un artículo de la primera plana de *Excelsior* que divulga los “expedientes académicos” de los líderes del CEU que, según esto, y con excepción de Ímaz (a los 30 años de edad alumno de maestría), han prolongado su paso por la UNAM mucho más de lo debido, con promedios bajos, vértigo de exámenes extraordinarios, récord de inasistencias. Los expertos algo admiten y no conceden lo básico: “Los expedientes están falseados. Pero lo más grave no es su inexactitud, sino el que Rectoría recurra a procedimientos tan mezquinos”. Con excepción de Guadalupe Carrasco, que pertenece al BIP, los demás “denunciados”, vengan de donde vengan, se han integrado en la “Corriente”, el *melting pot* ideológico que semana a semana examina en reuniones cerradas el desarrollo del movimiento.

La maniobra de los expedientes nace muerta. Estudiantes aplicados o prófugos de las aulas, los líderes del CEU son los protagonistas indiscutidos de la inserción de la universidad de masas en el México de la crisis, y representan a su manera el coraje estudiantil, la constancia, la puntuación del carisma en el concurso inevitable de cada asamblea. Hasta hace unas semanas eran hábiles, convin-

centes, reiterativos, rolleros. Hoy son, como quieran verlos, voceros de una generación.

Viernes 9

Desde las siete de la mañana, hora impía, los del grupo anticeuista Voz Universitaria, llegan al auditorio con lemas de pendencia cubicular: “¡Superación académica! ¡No a la huelga!” A su fisonomía de clase le añaden la gana de medir fuerzas vocales con el Consejo Estudiantil Universitario, no todo es desorden en la UNAM, también hay su contraparte, ellos por ejemplo, al pie de sus calificaciones, gallardetes contra la subversión, inversionistas cuidadosos de los años que la sociedad les confió.

Muy pronto, los del CEU y los de Voz Universitaria se traban en riñas guturales, confían en las causas porque hay gargantas que las protejan, entonan las siglas como juramentos, se encrespan en un ámbito dominado por la curiosidad y el interés extraacadémico que hemos dado en llamar militancia. Afuera, cientos de jóvenes aguardan, intercambian la sola frase que han dicho desde hace dos horas, le informan a los recién llegados que adentro están los porros, sería peligrosa una confrontación, cuidado.

A las diez de la mañana la situación es muy tensa. Los líderes del CEU acuerdan una reunión privada, y se dirigen al cuarto de servicio a un costado del auditorio, jadeantes, literalmente acelerados, inmersos en el momento histórico. El comité de vigilancia les forma valla instantánea, les crea el espacio de honor de la representación.

En el cuarto, los líderes del CEU escuchan los murmullos alebrestados del auditorio, y canjean miradas provistas de la fluidez de cuatro meses juntos el día entero, de un CCH a una preparatoria, de una asamblea a otra, de la fatiga de seis horas sin lograr consenso al gozo de las marchas multitudinarias, de los comités que se multiplican al reconocimiento por vía de los dicterios. Alguien señala: no hay condiciones para leer la respuesta, la gritería es terrible, podrían darse graves enfrentamientos, y tal vez la solución sea instalar a los técnicos de Radio Universidad en la explanada de Rectoría, y allí leer la respuesta del CEU. Un asesor explica la *sugerencia* de las autoridades: que las dos comisiones y los medios informativos se instalen en lugar cerrado. Eso es lo más seguro.

Objeción inmediata: eso sería retroceder, le fallaríamos a nuestras bases, hemos promovido el diálogo público, no podemos mostrar debilidad en ningún momento yéndonos a esconder a un lugar

cerrado cuando requerimos de espacios mucho más amplios. Quizás lo más conveniente, concluye un asesor, sea volver al auditorio, proceder a la lectura, y a la primera interrupción nos vamos. Carlos Ímaz oye aprobatoriamente, y pide dejar sola a la comisión. “La responsabilidad de la decisión es nuestra.”

El regreso de los líderes al auditorio es, de cualquier modo, apoteósico. La Rectoría, en medida calificada por muchos como prueba de flexibilidad, ya ha cedido en lo relativo al pase automático, al pago por concepto de inscripción y de servicios, a los exámenes, al requisito de 80 por ciento de asistencia. Al CEU esto no le basta, y se lee su contrapropuesta, fruto de una álgida discusión que concluyó a las dos de la mañana, con dos posiciones encontradas: “Sin huelga no habrá triunfo” versus “La huelga liquidará la posibilidad de renacimiento universitario”. El resultado: se rechaza la propuesta de Rectoría, 57 votos en favor de formular la contrapropuesta, y 28 por no formularla y únicamente exigir la derogación.

Abre la sesión el doctor Narro, y le da la palabra a Ordorika, que protesta por la publicación de expedientes confidenciales que no corresponden a la realidad. (Gritos: “¡Estudien!” “¡Demuéstrenlo!”) Culpa de la filtración al secretario general José Narro, a Mario Ruiz Massieu, a Carlos Barros Horcasitas. En seguida, el estudiante del CCH Óscar Moreno lee la contrapropuesta, que es en síntesis la derogación, previos ajustes reglamentarios. Y la comisión de Rectoría solicita un receso de quince minutos para deliberar.

En la tregua, la guerra se acrecienta en las butacas. A lo largo de la lectura de Moreno, advertidos de la necesidad del silencio, los partidarios del Consejo exhiben papeles que registran su filiación: CEU. La imagen de esa militancia escrita, que los brazos en alto sostienen por más de una hora, es lo más extraordinario de la sesión, muy superior a las porras en las que se embarcan, de manera antifonal, los del CEU y los de VU (Voz Universitaria).

Regresa la comisión de Rectoría, y el doctor Narro reitera la voluntad de proseguir el diálogo, pero el CEU se obstina y su propuesta deberá enviarse al Consejo Universitario, la instancia última de la Máxima Casa de Estudios. Y es categórico: Rectoría no deslizo informaciones sobre la condición escolar de los líderes. Las autoridades no admiten tales métodos, y rechazan toda violencia, incluida la verbal.

Responde el CEU: si de enviar la propuesta al Consejo se trata, no se necesita la intermediación de Rectoría, a menos que se trate de un nuevo reglamento. Contesta el doctor Ruiz Massieu, tremolante

como sus certezas, la otra visión ígnea en el debate. El CEU no ha querido dialogar, no ha respetado las condiciones del diálogo, quiere prevalecer de modo unilateral, no hizo falta estudiar su contrapropuesta, porque no han modificado una sola de sus demandas.

Por lo pronto, en este recinto, *democracia* es catarsis ideológica y social. En el auditorio incapaz de contener a otra persona, capaz de albergar a las decenas que siguen colándose, gritar es afianzar la causa, cualquiera que sea, y aplauden con igual denuedo los funcionarios de aspecto acumulativo (¡una sala de retratos compendiada en un solo semblante!) y los apocalípticos de las prepas populares. Unos y otros repudian la intolerancia del adversario, y siguen con detalle asuntos tan amenos como la reglamentación de exámenes extraordinarios. Ahora le toca al CEU la tarea de regañar, Ordorika censura a la comisión de Rectoría que con ligereza revisó 15 puntos en 15 minutos, y Carlos Ímaz responsabiliza a las autoridades por no ceder ante argumentos irrefutables.

El CEU evitó la confrontación violenta, y el doctor Narro incita a los presentes a dar muestras de espíritu universitario, a encarnar el espíritu que hará salir ordenada y pacíficamente a la raza. Pero ya ha durado mucho el esfuerzo de contención, y los de Rectoría, en plena licencia vocal y psicológica, exhuman una vez más el “Goya”, y se enfebrecen con la porra. *Cachún-cachún-ra-ra*, a las onomatopéyas les concede sentido el puño alzado del doctor Narro, del licenciado Dávalos, del licenciado Ruiz Massieu, del actuario Barros Horcasitas. *Cachún-cachún-ra-ra*, nosotros también tenemos nuestro pasado combativo, somos algo más que jurisdicción de la nómina, gritamos para congobernarnos. UNIVERSIDAD!!!

Los del CEU inician una marcha que culminará con discursos ásperos y fervientes que piden extender la lucha en todo el territorio nacional.

Sábado 10 de enero. 1:30 de la madrugada

¿Quién lo hubiera dicho? La televisión privada, antes tan enemiga de los movimientos estudiantiles, invita hoy a los líderes del CEU para un pugilato verbal con el doctor Ignacio Burgoa, jurista incólume, el Kid del Quid. Y en el programa *En vivo*, de Ricardo Rocha, nada menos. Eso es éxito: que los noctámbulos acepten los enfrentamientos en la UNAM como el espectáculo de la temporada, en donde esta noche ustedes se sorprenderán viendo al autoritarismo, reducido o

ampliado gracias a la figura del doctor Burgoa, desafiado por jóvenes tan entrenados en su rollo como el mismísimo abogado. Así sea en la madrugada, uno asiste al duelo de las cifras interpretadas críticamente contra la virtud capitalista ofendida. O el país se democratiza, o los programadores de Televisa ya no saben cómo llenar el tiempo.

Miércoles 21 de enero

10:30 de la mañana. Explanada de Rectoría. Mitin de los anticeuistas. He aquí el estereotipo del estudiante que se mete en problemas por oponerse con furia a que los estudiantes se metan en problemas. Beligerante, bien vestido, con el aire de superioridad que da la fe en la inferioridad ajena. Mientras lo observo prejuiciosamente, el de Voz Universitaria se queja con murmullos sonoros: él no es un acarreado, y vino aquí por su cariño al estudio. Ante el micrófono, el doctor Trifón de la Sierra asegura: a) Así llamarse, b) nunca haberse dirigido antes a tanto mexicano y a tanto terrícola, c) poseer el diagnóstico de la enferma condición de México, salvable por los dones terapéuticos de la UNAM. . . El de Voz Universitaria desoye las operaciones redentoras, e insiste en el lamento: ¿por qué a ellos les dicen pirruris, y “niños bien”? Puro ardor de destripados. Su agrupación es real y tiene fuerza en Derecho y Odontología, él vino porque quiso, por no soportar a los fósiles lidercillos del CEU, y porque desea estudiar y *competir en el mercado internacional de trabajo*. Échenle una ojeada a las Secretarías de Estado, a las paraestatales, a los institutos de investigación. Por doquier, cada vez más egresados de universidades donde pagan más porque los réditos están asegurados. . . El joven se aparta para calmarse y no perturbar con el susurro rencoroso las reflexiones frommianas del doctor Trifón. . . ¿Cuándo se había visto que un precandidato a la Presidencia, como Alfredo del Mazo, desconfiando de su título en la UNAM fuese también *licenciado en Relaciones Industriales* de la Iberoamericana? Al rato incluso a los ujieres les exigirán diploma de universidades particulares, y eso nos pasa porque ya nadie se prepara, se agotó el ánimo de competencia, nos inundan los resignados, los aquietables con un empleo burocrático, con el plumero para sacudir las telarañas del negocito del papá, con la clase mal pagada a chavos peor alimentados. ¿De qué les va a servir tanta alharaca a los del CEU? Lo que cuenta, le digo y tome nota, no es dárseles de redentor, sino prepararse *para competir en el mercado internacio-*

nal de trabajo. ¡Ah, y ojalá y los del CEU memoricen bien sus porras, para darse ánimos cuando vayan de un lado a otro pidiendo chamba inútilmente!

11:30 de la mañana. Explanada de Rectoría. Al doctor en derecho Ignacio Burgoa nunca lo ha visitado la duda, y en caso de crisis de conciencia de seguro recurriría al amparo. Suya es la espada flamígera del Verbo (con todo y frase), y los raudales de su elocuencia se vierten en la ímproba encomienda de fustigar a los subversivos, a los creyentes en la intervención del Estado en la economía, o en los asuntos del propio Estado. Don Quijote que no necesita de Sancho Panza para comercializar su figura, el doctor Burgoa es el orador estelar del mitin en favor de las proposiciones de Rectoría. Uno, ingenuo, espera el *Quosque tandem abutere, CEU, patientia nostra?* (se admiten erratas), y se azora al oír un discurso en español.

¿Cuánta autoridad moral cabe en una sílaba? Sólo el doctor Burgoa podría medirla ante esta “preciosísima multitud”. Él censura al grupo *de facto* por su abandono de la humana cordura, extermina moralmente el silencio ante los enemigos de la razón, juzga ilícito el paro anunciado por falsos universitarios, anticipa el delito de sabotaje contra la Universidad, y pone a levitar sus frases: “Son antiuniversitarios y traidores quienes llaman a un paro, y ello entraña un delito de lesa humanidad”. El CEU no sólo intenta sabotear el orden jurídico de la institución, sino el orden y el honor jurídico de la nación. Según la lógica del CEU “el ser más racional es el elefante, porque es el más fuerte del orbe”.

Abogado naturalmente ilustre, hemicyclo de la ciencia jurídica, patrono de los latifundistas desamparados, el doctor Burgoa cuenta entre sus incontables atributos la calidad de *beso de la muerte* sobre el prestigio de las causas que defiende. *Item missa est*.

4 de la tarde. Ganar la calle. La aspiración de todos los movimientos políticos y sociales, la demostración palpable de existencia de derechos. *Ganar la calle*, conquistar por horas la admiración y el encono de paseantes y automovilistas, actuar una causa ante la ciudad y la provincia, hacer del espectáculo de la disidencia el ejercicio de la ciudadanía.

En 1987, ganar la calle no significa, como en 1968 o en 1971, el forcejeo literal con la policía y sus cercos intimidadores, sino la victoria posible sobre la abulia de millones, sobre las ofertas del infinito tianguis en las aceras, sobre el *dejar hacer* gubernamental que es la táctica actual de persuasión (“Si nadie los reprime, nadie los ob-

serva”). Y hoy el Consejo Estudiantil Universitario se dispone a ganar la calle por tercera ocasión, extremando su propuesta, ridiculizando a quienes lo acusan de no ser representativo, y dirigiendo al Zócalo a la generación que nunca antes transitó políticamente hacia el famoso asiento de los poderes.

4 de la tarde. El Casco de Santo Tomás

En insólita ruptura de la tradición, la marcha sale a la hora exacta. Las autoridades del DDF han declarado que no intervendrán, y sólo vigilarán la marcha 150 policías desarmados (otro homenaje oblicuo a las víctimas del 2 de octubre y del 10 de junio).

Inevitable la comparación con 1968. Entonces, por así decirlo, se vivían emociones más a flor de piel, no había diálogo ni sombra de diálogo, la represión se vivía en toda la ciudad, la rabia y el coraje impregnaban consignas y gritos, y pertenecer al movimiento era comprometerse a resistir al gobierno de Díaz Ordaz. Ahora hay diálogo, o por lo menos intercambio de monólogos, y la demanda moral se funda en el rechazo a un sistema de exclusiones. A miles de estudiantes, un organismo que ya discute de igual a igual con la autoridad (“Tú eres la institución. Yo soy el destinatario de los procedimientos de la institución”), les parece un logro, con algo de revancha, en un medio que ha visto incluso como gran adelanto el tuteo a los profesores, al lado de la imposibilidad de modificar mínimamente las decisiones del rector, de los directores de escuelas y facultades, del monolítico Consejo Universitario, del monopolio de la Elección Irreprochable cuyo nombre vulgar es Junta de Gobierno.

5 de la tarde. Ribera de San Cosme. En el toldo de la combi que anticipa a la descubierta, las banderas del grupo Contadora y el grupo de apoyo. La marcha la inician los estudiantes de las preparatorias y del CCH, con sus autorreconocimientos tribales y su fascinación ante el número de manifestantes que son la argumentación última, no vulnerada por las acusaciones de manipulación y leva ideológica. Por eso, a lo largo de la marcha, la porra más repetida surge del júbilo cuantitativo: “Y dicen/ y dicen/ que somos minoría/ Aquí les demostramos/ que somos mayoría”.

Cada manifestación es única. La obviedad de la frase disminuye si se recuerdan las decenas de marchas que obligan a decir: “Ya estuve aquí, ya desfilé”, idénticas las consignas, las personas, las mantas, la resignación ante las escasas consecuencias, el agobio de atis-

bar en el semblante de los paseantes la indiferencia propia. Y sin embargo, aun la más inocua de las marchas tiene un tono peculiar, se acentúa levemente el optimismo, se abomina más de la realidad, se aquieta o se vocea la desesperación, se exorciza menos la despolitización con mentadas de madre. Cuerpo vivo, conciencia mucho más unificada de lo que parece, una manifestación actúa sus celos y orgullos, y en su dinámica confiesa si se cree su propio público o si reclama un conglomerado más amplio, la sociedad o la ciudad o el país. Y la singularidad de la marcha del 21 de enero es la traducción de su confianza numérica en certidumbre académica y política. Si somos tantos, es que tenemos la razón, y como tenemos la razón no podemos ser menos.

6 de la tarde. Puente de Alvarado. De los contingentes quizás sea el del CCH Oriente el más cercano a la “esencia ceuista”, de estos estudiantes perdidos y recuperados en el tiempo de la crisis y en el espacio del movimiento. En el conjunto de los CCH, la representación más nutrida, el de Oriente destaca por energía y por cantidad. Estos adolescentes han soportado dosis colosales de apocalipsis verbal, pero en su visión del mundo no interviene tanto el catecismo marxista en diez lecciones fáciles y una toma de poder, como el paisaje del hacinamiento, del empleo que se aleja con cada solicitud, de las frustraciones que no mitigan las armonías del reventón. Estos chavos corresponden a un fenómeno novedoso, no el radicalismo desencantado de los años setenta, sino el afán democrático que sin apartarse del todo de su herencia ideológica, y conservando secciones del lenguaje de la-revolución-para-pasado-mañana, somete su retórica a trámites de eficacia. La obsesión primera ya no es el cielo de la Historia y sus premios póstumos, sino el deseo de no ser expulsados de la Nación, o de incluirse en ella, como se prefiera. Estos chavos ven en la UNAM literalmente la nación que les corresponde, y tienen la “ciudadanía universitaria” que (esperan) les servirá para escapar de la pobreza, y no deteriorarse como sus padres. La UNAM: la red del conocimiento masificado que es para millones de jóvenes la síntesis del país que los admite.

Oriente/Oriente/Oriente. . . En la alegría, en el orgullo de ser a cada minuto lo que son —alumnos del Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Oriente— estos adolescentes emiten su programa en perpetua carrera del Casco al Zócalo. Van a lo suyo, pertenecen (en ese orden) al CCH, al CEU, a la UNAM, a México, y quieren cancelar las reformas que confirman su aislamiento personal, su falta de

salidas. *Vea, vea, vea/ qué cosa más bonita/ Oriente ya repudia/ su pinche reformita.*

He visto en otras ocasiones a los del CCH Oriente. Nunca a tantos, tan disciplinados por la convicción de militar en la causa vencedora, a tal punto son un chingo que el recuento puede hacer las veces de ideología. Han vivido una pedagogía vertiginosa: las asambleas con sus exaltaciones y su fatiga, la comprobación de lo falible de las autoridades, el crecimiento vertiginoso del CEU. Es verdad: muchos han llegado a la UNAM porque es más fácil multiplicar inscripciones que crear empleos, pero su júbilo es una actitud “laica” ante la educación. Ya no observan con devoción mística a la instrucción universitaria, en décadas anteriores la oportunidad que confirmaba la falta de oportunidades. Se han “secularizado” frente a la UNAM, ni creen ni dejan de creer en ella, y no aguardan milagros aunque no descartan la posibilidad estadística de que alguno ocurra, y ellos amanecan con empleo.

Cuadra por cuadra, los adolescentes informan con spray de sus obsesiones chovinistas (CCH-Naucalpan/ CCH-Azcapotzalco/ Preparatoria 2/CCH-Sur/ Preparatoria 7), y el sentido de estas pintas no es tanto la propaganda como la ocupación territorial. Salimos a extendernos, a expropiar por unas horas las paredes en beneficio de nuestro orgullo local. . . Lo que para unos es pintarrajeo, para otros es la usurpación relajienta del espacio, y el chavo que le dedica a la pinta el cuidado extremo de la celeridad, deja constancia de su plantel, hoy vuelto nación nómada, y le cede al nombre de la escuela las cualidades totalizadoras de la banda, de la colonia, del país mismo.

De hecho, la marcha sólo conoce un interlocutor (si tal es la palabra): el rector Jorge Carpizo. Para la base del CEU, el rector corporaliza la estructura entera de la autoridad, y a él dedican, de modo íntegro, la combatividad de la marcha. No se alude al Presidente de la República, no se impugna (fuera de algunas mantas) el pago de los intereses de la deuda y al FMI, no se menciona al PRI, no se gritan otros nombres de funcionarios. Jorge Carpizo es el enemigo, lo que se extiende al otro lado de la mesa. Y la agresión es ubicua: las incontables porras, caricaturas y caricaturas de las caricaturas, mantas con sentencias casi bíblicas, ataúdes que lo apresan alegóricamente, un cuadro donde el rector es simultáneamente la aparición milagrosa y el poseedor de la tilma.

*Aplaudan, aplaudan, no dejen de aplaudir/
el pinche Carpizo se tiene que morir*

Hasta donde puede verse, el hostigamiento verbal, inevitable en actos de este género, se dirige más al puesto que a la persona. Para la mayoría de los manifestantes, el rector es la abstracción que quince abstracciones eligen y depositan en la cumbre abstracta de la que sólo vislumbran una concreción fugaz: el director de la escuela respectiva. De la red burocrática de la UNAM, Jorge Carpizo es el único con puntos de vista identificables. Los demás resultan cargos animados por el ímpetu (improbable) o la grisura (potenciada). De la burocracia sin rostro sólo se desprenden unos rasgos precisos, y a ellos se dirige no el odio, sino la antipatía que adopta las tácticas del relajo, ligadas ahora profusamente a los rituales del mundial de fútbol. Los chavos cantan: “Sacaremos a ese buey de Rectoría/ de Rectoría sacaremos a ese buey”, y si uno se fía de los análisis al instante, no hay en esto ni furia arrasadora ni un plan de linchamiento de la personalidad, sólo fórmulas del vituperio y el reconocimiento fragmentario de la autoridad por vías indirectas.

No recuerdo en los últimos 30 años una manifestación tan ceñida a su meta explícita. Si se exceptúa el desahogo personalizado, lo demás no se aleja un milímetro de la mesa de negociaciones y rupturas, de la certificación a cada instante de los objetivos: 100% de aumento presupuestal a la educación superior, educación gratuita y vinculada a las necesidades de la nación, derogación de las reformas de Carpizo, congreso universitario. A lo largo de la ruta inevitable (San Cosme-Hidalgo-Bellas Artes-Madero-Zócalo), la organización es eficaz y la autocelebración universitaria es constante. Se dilapidan los “Goyas”, se festejan la C, la E y la U, se alaba a la escuela, al plantel, a la facultad, a la mismísima Alma Mater. Cada uno de los 55 contingentes alimenta a su chovinismo más próximo, entre mantas didácticas: “Se debe mantener bien la lucha para alcanzar la victoria. . . Una nueva universidad nuestro objetivo; avancemos al congreso”/ “Nos sentaron en la fila de los burros, cuando nos empezaron a crecer las alas”/ “No queremos control del pensamiento ni oscuro sarcasmo en el salón de clases”/ “Por una universidad crítica y de masas”. El grupo Maldita Vecindad y los Hijos del Quinto Patio toca desde un camión, y la música se pierde y se recupera en la multitud.

—*Si Francia derogó ¿por qué nosotros no?*

—*El que no brinque es porro.*

7 de la noche. Plaza de la Constitución

*Ya vamos llegando,
el gobierno está temblando.*

La inminencia del Zócalo subleva y demuestra que, en momentos especiales, lo cotidiano recobra su dimensión mítica. Para la mayoría, ésta es su primera incursión en el territorio de las apoteosis. La avanzada llega a la Plaza de la Constitución poco antes de las seis de la tarde, y los contingentes del CCH Oriente, Vallejo, Sur, Azcapotzalco, Naucalpan, de las preparatorias, de Ciencias Políticas, de la FENEP, del STUNAM, de Filosofía y Letras, de Ciencias. Y grupos representativos de la UAM, Chapingo, Derecho, Colegio de Bachilleres, preparatorias populares, Universidad Pedagógica, Ciencias Químicas, el Politécnico, y también colonos, costureras y damnificados. En su gozo, uno percibe la emoción que mezcla la hazaña de todos con la jactancia individual, la defensa de lo que apenas se tiene con la esperanza de conquistas gremiales.

—Vamos a pedir a las autoridades que amplíen el Zócalo para que quepa el CEU.

Quizás no tanto, pero 200 mil manifestantes ya definen un nuevo espacio de la autoridad universitaria. El grito: ¡CEU! ¡CEU! ¡CEU! se entrevera con lemas prácticos: “Esta marcha va a llegar/ al congreso general”, y la explosión culminante es un *goya* acústicamente devastador, que centuplica la victoria: no se veía nada igual desde el 13 de septiembre de 1968, y a esto se llega no en respuesta a la violencia policiaca y gubernamental, sino a través de la polémica sobre injusticias administrativas.

El primer orador, Antonio Santos, de Filosofía, expone el programa del CEU en su variante más doctrinaria, o, sin sentido peyorativo, más idealista. A la universidad que pretende seguir generando profesionistas para el auge social ya demolido, el CEU opone la Universidad donde el compromiso social de los egresados pase por la renovación académica: fin de la enseñanza verbalista y memorista, fusión de la docencia y la investigación, modernización del arcaico sistema de carrera, apertura de zonas de la investigación y el ejercicio profesional. Y esto, insiste el orador, requiere de presupuestos que infundan a la UNAM el poder de desenvolvimiento perdido al reducirse la nómina en 50% en términos reales.

—¿Hay alguien aquí que dude de la representatividad del Consejo Estudiantil Universitario?

—¡Nooooooo!

—¿Qué queremos?

—¡Congreso/ Congreso/ Congreso!

Desde el templete la visión es, para usar un adjetivo que supla la descripción con la sensación, impresionante. Al extenderse la oscuridad, se reclama inútilmente “Luz/ Luz”, y ante la previsible tardanza del alumbrado público se elevan antorchas que fueron hojas de cuaderno, y el Zócalo cobra por instantes el aspecto de plaza simbólica, de espacio donde el poder acumulado de las fuerzas sociales trasciende enormemente las debilidades de los discursos, o lo esquemático de las consignas.

Más de cien mil estudiantes sentados oyen con atención, interrumpen a los oradores con exclamaciones que son manifiestos de apoyo, le dan a la plaza el aspecto de la inmensa asamblea que es salón de clases, del territorio expropiado a la indiferencia. Se grita: “¡Congreso, Congreso!” Carlos Ímaz reitera el nacionalismo y pide se entone el Himno Nacional, mientras se prenden miles de antorchas.

Martes 27 de enero. 4 de la tarde

Es abrumadora la masa que representa a las masas que la universidad de masas ya contiene. En el auditorio de Humanidades la aglomeración es, si algo, la victoria del espíritu sobre la materia, de la metafísica sobre el espacio físico, de la voluntad de permanecer en un sitio sobre la posibilidad elemental de hacerlo. Las incomodidades son parte de la epidermis, el calor y el sudor se prodigan, y la multitud opone a la densidad atmosférica una paciencia desmedida, mientras en la sala los papeles y cartelitos insisten en lo épico de las siglas: CEU/ CEU.

Listos los micrófonos y aprestadas las cámaras, se encauza de ambos lados de la mesa la disposición facial para el encuentro histórico: gravedad, aliviane refrenado por la búsqueda del perfil histórico, solemnidad mediada por el recelo ante el motín. A punto de reiniciarse el diálogo y el desencuentro entre la comisión de Rectoría y la del Consejo Estudiantil Universitario, se intuye la verdad escénica: al cabo de muchos días y fatigosas horas, ya todos son actores de la misma apasionante serie.

Se denuncia: en una reunión de Ciencias se halló un micrófono escondido, Rectoría hostiga, Rectoría intimidada. Rectoría acecha. Luego, se lee el proyecto del CEU para un acuerdo de consenso. Se

exige eliminar las modificaciones a los reglamentos y celebrar el Congreso cuyo carácter resolutivo comprometa al Consejo Universitario a refrendar y legalizar cada uno de sus acuerdos. Una *Gran Comisión* integrada por estudiantes, profesores, investigadores y trabajadores elegidos democráticamente, determinará mecanismos de funcionamiento, agenda y tiempos del Congreso. A los delegados de las autoridades los podrá nombrar el Consejo Universitario.

He aquí el afamado “callejón sin salida”, donde cada parte siente que todo se negocia menos el poder que les da origen. El doctor José Narro solicita un receso y Ordorika lo presiona: “Antes del receso digan si hay o no un documento de consenso”. Se ausentan las autoridades, y se inicia la sesión coral de porras, el auge de la armonía vocal: “¡Poli, escucha/ el CEU está en tu lucha! Poli-UNAM/ unidos vencerán”. Y de súbito, la disonancia o, si se quiere, la estática de las porras no previstas: “VOZ/VOZ”. La respuesta los expulsa del Edén: “¡Fuera porros!” En la inmensidad de un local sin sitios vacíos, el punto de conflicto se localiza gracias a la máxima presión. Forcejeos, arremolinamientos, brazos que se tienden y se retraen, gritos de confusión y de ubicación, figuras que ascienden hacia la mesa como impulsados por la pesadilla.

—¡Calma! ¡Siéntense! ¡Es un acto de provocación, el CEU no va a responder!

El presidente de la Sociedad de Alumnos de Leyes, César Peniche, se obstina en hablarle a la nación. Con el micrófono desconectado, y entre jalones, protecciones, flashes y amagos verbales, no le queda sino dirigirse a ese modesto intermediario, la prensa. Exige la presentación del estudiante Carlos Morett, secuestrado por el CEU en el CCH-Sur, y como no le bastan las grabadoras, se trepa a la mesa sudoroso y convulso: “¡Creemos que el CEU nos secuestró dos personas!” La algarabía se disuelve en el estrépito, vuelven los funcionarios y el partidismo infesta el auditorio: CEU/ CEU. El escándalo es la voz que no se escucha, la imagen aglomerada al gusto de las cámaras. El doctor Narro niega con ademanes su relación con Peniche. Un dirigente del CCH-Sur asegura haber escoltado fuera de su escuela a los de Voz Universitaria. Se pregunta:

—¿Están dispuestos a escuchar al Presidente de la Sociedad de Alumnos de Derecho?

—¡NO! ¡NO! CEU/ CEU.

Peniche gesticula ante esa posteridad que es el rechazo a su persona. Alguien me informa: “Este compañero tan trajeado y encorbatado va de membrete en membrete, y alcanzará membrete mayor.

Ya fue dirigente de la UNACE, la asociación que inventó Rectoría para oponérsela al CEU”. Se reinicia el diálogo, y el doctor Narro se propone dejar “perfectamente establecido que el propósito de esta mesa de pláticas es estudiar la agenda. Ésta no es una instancia pública. . .”

—¡Esto es provocación! ¡Que los de Barros Horcasitas vengan por su gente!

El actuario Barros Horcasitas interviene:

—Les pedimos a los que están arriba que no pertenezcan a los medios, que hagan el favor de bajarse.

Los de Voz Universitaria salen del auditorio.

El doctor Narro afirma: “Hemos expresado nuestro repudio a la violencia verbal o física. . .”

(Para provocar un desalojo liberador se avisa que ya hay sonido fuera del auditorio. No sale una sola persona.)

El doctor Narro pregunta: “¿Entienden por Congreso Resolutivo aquél en que el Consejo ya no podría discutir, modificar o sancionar las conclusiones de dicho Congreso?”

Tras un silencio, una voz categórica: “Pediríamos al señor Narro el listado completo de las preguntas”. Éste accede: “¿Es un Congreso que desplace al Consejo?” Carlos Ímaz responde: “Queremos que estén las autoridades”. El turno es de Narro: “En concreto, ¿un Congreso Resolutivo significa que el Consejo Universitario ya no puede discutir o modificar las conclusiones de dicho Congreso?” Y sucede el diálogo circular. Rectoría interroga anhelosa de oír lo evidente: en el Congreso el Consejo será un órgano más, comprometido al refrendo de los acuerdos. Finalizado el Congreso los resultados no están sujetos a discusión. Ningún sector tendrá derecho a modificaciones finales.

Se pregunta: “¿Estarán de acuerdo en que el Consejo Universitario nombre a la Comisión Organizadora?”

El auditorio: “¡NO! ¡NO!” El CEU contraataca: “¿Qué acaso el Consejo Universitario pretende ser superior a un Congreso del que forma parte?”

En 20 días el CEU va del rechazo a medidas administrativas a exigir la reconstitución de la UNAM. En otras sesiones se ha insistido: lo académico no es negociable. Ahora lo no negociable es la concepción del poder universitario.

Ordorika es categórico: “¿No modifica la propuesta del CEU la de Rectoría?” El licenciado Ruiz Massieu es enfático: “La Rectoría ha demostrado en todo momento voluntad de diálogo y ánimo de concertación [*rechifla*], Rectoría no acepta ni puede aceptar que se trans-

greda el orden jurídico [*choteo*], y un congreso resolutivo supone la creación de un órgano de facto que anula al Consejo Universitario. . . El Congreso que propone el CEU queda al margen de la legalidad. La UNAM ha cambiado sus estatutos siempre dentro del marco de la legislación. . . El CEU no se ha movido un solo paso. Le adicionó el Posgrado a sus peticiones, exigió el Congreso y ahora lo quiere resolutivo. . . La Rectoría no podrá jamás apartarse del orden legal universitario [*rechifla*]. Darle al Congreso el carácter de resolutivo anula el estatuto jurídico de la Universidad. . . Yo les pido que reflexionen sobre estos puntos”.

Rechifla y gritos: “¡Huelga! ¡Cállate!”

El estímulo auditivo para Guadalupe Carrasco: “DURO/DURO/DURO”. Ella cede de inmediato al exhorto: “Ruiz Massieu comete un error. La diferencia es que lo propuesto por el CEU sería una instancia de decisión y discusión verdaderamente democráticas. . . Si eso transgrede o no el estatuto jurídico de la universidad, es cosa en que ya no nos metemos . . . El CEU no acepta que en aras de la palabra Congreso vuelva a quedar todo en manos del Consejo. No puede aceptar que no se hagan a un lado las reglamentaciones del 11 de septiembre. No puede aceptar que el organismo que aprobó ese paquete sea el mismo que tenga en sus manos cualquier transformación”. Y concluye admonitoria: “El CEU no está jugando”.

En el auditorio, la atención es extraordinaria. Cada asistente sabe de memoria los puntos de vista contendientes, y sin embargo ante las intervenciones del CEU reacciona como oyendo algo en verdad novedoso, no por insólito sino por confirmar que la suya es, por primera vez en su vida universitaria, una opinión con resonancias.

Interviene, por Rectoría, el jurista Raúl Carrancá y Rivas: “Sería una altísima irresponsabilidad que una de las partes estuviera jugando. ¿O hay quien se quiera burlar de los poderes constitucionales de México? [*La rechifla extiende el abismo entre el estilo de la asamblea, directo y repetitivo, y la oratoria forense, barroca y armada de términos como escudos.*] Quienes se empeñan en atacar la Ley Orgánica, vulneran la Carta Magna. . . El orden jurídico de la universidad proviene de una ley expedida por el pueblo a través de sus legítimas representaciones [*abuqueo*]. Éste es el hecho jurídico que no se puede cuestionar. Pensamos así no por prurito de derecho, sino porque es una característica de la universidad, el respeto al orden jurídico. . . En mi opinión no será este Congreso un golpe de Estado [*la rechifla es grande, y su sarcasmo es traducible: “Al no haber Luis XVI nosotros tampoco somos la Revolución Francesa”*]. . . En este

sentido, no me parece que haga nugatorio al Consejo Universitario. . . Además, no digan resolutivas sino resolutorias [*rechifla de terquedad gramatical*]. Reclamar un Congreso con facultades resolutorias es anular el orden jurídico, en función de algo totalmente falso: no vive la universidad y el país un momento de excepción [*abuqueo*]. . . No puede desconocer la universidad la fuente que le ha dado vida. No lo admitimos los que somos depositarios de la cultura superior. . . eso sería colocarse no sólo al margen de la legalidad universitaria, sino de la legalidad nacional”.

En 1968, el movimiento estudiantil quiso en todo momento reivindicar su carácter constitucional, y declaró de hecho ilegal al gobierno de Díaz Ordaz, violador y manipulador de la ley; en 1987, el movimiento estudiantil lucha por reconstruir la legalidad universitaria y, al representar el “espíritu de la ley”, quiere demostrar que el orden jurídico no es eterno ni inmanente. Carlos Ímaz le responde a Carrancá: “No es adecuado hacer pronunciamientos electorales, y la pretensión de usted es claramente policiaca, porque intenta demostrar que estamos fuera de la ley. . . Además, la Ley Orgánica no tiene efecto ante el Artículo Tercero Constitucional, que señala el derecho de las universidades a darse su propio gobierno”.

Del repertorio del conflicto: el sector académico

Desde principios de enero, muchos de los excluidos o autoexcluidos del debate, rompen su abstención participando en lo que tienen a mano: los desplegados y las cartas públicas. Representados en lo laboral por las Asociaciones del Personal Académico (AAPAUNAM), sin sitio político preciso, casi siempre recelosos ante ideologías y partidos, los profesores de la UNAM adquieren veloz o paulatinamente perspectivas críticas. Al principio apoyan en manifiestos a Rectoría por la defensa del nivel académico, y en privado al CEU por los resentimientos sucesivos. Luego, se radicalizan de un lado y de otro, aprecian la necesidad de cambios profundos, apoyan el diálogo, se niegan a la huelga, escriben artículos contradictorios que se incorporan sigilosamente al currículum, participan en juntas interminables, firman llamados a la concordia, se oponen al *todo o nada*, dedican la primera parte de sus intervenciones en las asambleas al mea culpa, revelan en frases restallantes indignaciones ocultas demasiados años.

En 1940 había 1 510 maestros. En 1950 eran 2 352. En 1960, profesaban 4 766 personas. En 1970 eran 9 410, y en 1980 resultaron ser 21 426. ¿Cuántos serán ahora? ¿Y cómo reaccionan a la pérdida de

su salario real, que entre 1982 y 1986 disminuyó en un 67.5 por ciento? Las sumas al pago del personal académico descendieron del 19.7 en 1977 al 13.9 en 1986, mientras las destinadas al personal de confianza ascendieron del 3.6 al 8.9 por ciento. Según informa Gilberto Guevara Niebla en su ensayo "Masificación y profesión académica", los maestros son jóvenes en su mayoría. (En el censo de 1983 se informa: de un total de 24 844 académicos, 15 371, es decir, el 62% del total, tiene entre 24 y 39 años de edad, son pasantes o licenciados, y de ellos sólo una minoría acepta tener empleos extrauniversitarios.)

Una porción significativa vivió el radicalismo de los setentas, y supo del desencanto y sus consolaciones a puerta cerrada. Otros, que acariciaron el proyecto de vida supremamente exitosa, en donde la Universidad era etapa transitoria, se tropezaron con la crisis, varán-dose en su cubículo (si lo había). Y los consagrados a la investigación se enfrentaron a la falta de recursos, la inercia, la remodelación infinita de planes.

Desde que empezó el movimiento del CEU, cristalizó el descontento contra la burocracia. En conversaciones y juntas de profesores, se cobran cuentas en frases, discursos, actitudes. "¿Qué se ha creído la Junta de Gobierno que nos impone estos directores de facultades y de institutos? ¿Quién ordena las promociones? ¿Quién decide los criterios valorativos?" Como en toda emergencia, el afán democrático (muy real) se hace preceder del agravio personal, y ya visto de cerca, el resentimiento es, con razones o sin ellas, importante criterio electoral. "¿Por qué se me ha hecho a un lado? ¿Por qué se privilegia a los ineptos? ¿Por qué el director de este Instituto se permitió firmar con su nombre un libro donde no venía una línea suya?" Para un número creciente en este sector, el Congreso Universitario resulta cada vez más la esperanza de existir en el ámbito propio, de practicar la democracia que idealmente se enseña.

Miércoles 28 de enero. 9 de la mañana

La sesión es, y nadie podría evitarlo, anticlimática. Ya todo está dicho, con las palabras mejores y las más obvias, y aquí nada más se viene a la despedida provisional. La comisión de Rectoría no predica ahora la excelencia académica y alerta contra el desvío de los marcos legales. Por parte del CEU, las intervenciones son más programáticas que polémicas. Óscar Moreno, del CCH-Azcapotzalco, resume el optimismo del conjunto: "No nos interesa transgredir el orden ju-

ridico; éste debe conformarse al deseo y a las aspiraciones de la sociedad y los universitarios. . . Cuarenta escuelas no están representadas por sus profesores, como debería ser, sino por el CEU. . . Antes, nos habían arrebatado la palabra; hoy nos dan magnánimamente la voz. . . Somos una generación que se organiza, decide y actúa, como lo demostramos en la desgracia de San Juanico y en el terremoto de 1985, aunque se haya contrariado el orden jurídico. Somos ejemplos para la sociedad: invitación a abrir espacios democráticos".

¡Catorce sesiones de trabajo y casi 200 intervenciones! durante diez días. Se explican reglas y salvedades, se anuncia la cuenta 04614595 de Bancomer para quien desee contribuir a los fondos de la huelga, se anuncian más apoyos y marchas. Héctor Salinas, del CCH-Oriente se siente cansado "de oír lo mismo, todavía estamos dispuestos al diálogo, la huelga es un último recurso, el CEU dará cuenta de sus actos al pueblo, los jóvenes somos los hombres del mañana y sabremos defender a nuestro pueblo". Ordorika concluye: "Si la huelga es para bien de la universidad, ¡bienvenida la huelga!"

Miércoles 28 de enero. 9 de la noche

La movilización fue extraordinaria. Los funcionarios separan documentos y libros, en las reuniones los maestros categoría C siguen preguntándose qué conviene hacer, se prodigan las brigadas estudiantiles, con aire pesaroso toman medidas los directores de escuelas, facultades e institutos, para facilitar la entrada a CU la Rectoría ha mandado quitar las rejas y trancas del perímetro universitario, y los del CEU acarrearón las piedras que sustituyen las rejas, en los periódicos se le advierte al CEU del gravísimo riesgo: perder todo lo ganado por su adhesión al maximalismo. En las escuelas del bachillerato grupos pequeños o nutridos pintan mantas y carteles, disponen el turno de las guardias, se aseguran de no desvincularse del exterior.

¿Quién distingue en Ciudad Universitaria una noticia de un rumor? Ciencias Químicas votó por la huelga, Medicina está incierta, en Leyes con un notario atestiguando se soldarán las puertas, en Ingeniería los porros abrirán mañana por la fuerza, en la Prepa 6 hay problemas. . . En el Auditorio de Humanidades se sesionó el día entero, y se pintaron carteles y la gran manta de huelga que se colocará a la entrada de Rectoría. Durante el día, grupos de rock heavy, nueva trova y teatristas callejeros han competido en vano con el espectáculo de la realidad.

Se apagan poco a poco las luces en la Ciudad Universitaria. Se

suspenden el servicio telefónico y el abasto de agua. Cerca de la medianoche, en Economía, en Ciencias, en Ciencias Políticas, en Arquitectura, se esparce ese fenómeno llamado “la alegría responsable”. En los carteles se informa de las obligaciones propagandísticas:

1: Explicar que fue Rectoría, con su intransigencia, la que nos empujó a la huelga. . .

En Filosofía una compañera le pasa lista a los integrantes de las brigadas, y solicita 10 voluntarios que refuercen la débil guardia del Centro de Estudios de Lenguas Extranjeras (CELE). Se verifica la calidad de los sleeping bags, circulan tazas de café, sándwiches y tortas. El porcentaje de mujeres es alto, quizás 20 o 25 por ciento. Recuerdo la huelga de 1958, donde la presencia de las mujeres era casi simbólica, y la de 1968, donde las compañeras, nunca muchas, se quejaban del machismo prevaeciente.

A las 11:45 un grupo se dirige hacia la torre de Rectoría. Se camina casi en penumbras, y las porras son el único sonido persistente. “Dame la C, dame la E. . .” Las tres lámparas que presiden la marcha producen los efectos literarios de melancolía y distancia que los gritos se empeñan en deshacer: “¡Huelga! ¡Huelga!” Son 150 o 200 estudiantes. Se alega sobre la instalación de las mantas. “Hay que esperar a las doce”, se recomienda. En la espera, brota el humor y se canta brevemente “En nombre del cielo os pido posada”.

Una joven afianza la primera manta. Emerge el goya, tan rehabilitado por el CEU. Más consignas y cantos de ataque: “Sacaremos a ese buey de Rectoría. . . De Rectoría sacaremos a ese buey”. Otra vez. Imanol Ordorika y Antonio Santos aclaran: “No es intención del movimiento obtener la renuncia o la caída del rector”. Se dispersa la concentración. Se queda un pequeño grupo y los demás se dirigen a sus escuelas. Lo desdramatizado y lo culminante.

IMÁGENES DE LA HUELGA EN LA UNAM

Martes 3 de febrero. 4 de la tarde

En el Colegio de Ciencias y Humanidades Sur no hay demasiados estudiantes, apenas los suficientes para una actividad compulsiva, distribuir paquetes de volantes, recibir costales de alimentos, pintar mantas, controlar las entradas del edificio, asistir a una conferencia sobre la experiencia del autogobierno de Arquitectura, reírse con los chistes filotelevisivos de los periódicos murales, transformar mentalmente a un aparato de sonido “en Radio CCH desde la zona libe-

rada del Sur”, con su programación de rock, trovas de Silvio Rodríguez, versos alguna vez obscenos de Zacarías de Onda, noticias sobre la huelga, saludos a los visitantes, consignas y recados. Como en todas partes, aquí se solicita pegamento, chinchol, mecate, pintura, marcadores, masking-tape, cartulina, tela, engrudo. Al lado de pequeñas tiendas de campaña, el modesto juego de fútbol entre “CEU” y “Rectoría”.

La obsesión de la huelga se enreda en la controversia política y se aclara en el chiste. Ninguna conversación se aleja del tema central por más de tres minutos: “¿Qué sucederá en la reunión del Consejo Universitario? ¿Habrá flexibilidad o quieren frustrar a una generación más?” En otros movimientos tales preocupaciones se habrían calificado de reformistas. Pero hoy se observan las revoluciones posibles donde antes sólo se veían las evoluciones indeseadas, y el centro del análisis es la estructura de autoridad de la UNAM, nunca antes tema de desvelo ¿Cómo no le habían dedicado un minuto de atención al hecho de que unos pocos hablasen, votasen, juzgasen, decidiesen por ellos? ¿Cómo unos pocos creyeron poder seguir indefinidamente hablando, votando y decidiendo a nombre de todos?

La conversación se agota y un minuto después se reinicia con idéntico fervor.

Martes 3 de febrero. 9 de la noche

Al concluir la asamblea, el compañero que no intervino, seguramente por modestia, se disculpa ante las huestes a su alcance: “Yo no creo en el hombre público. Ésa es una pinche falacia burguesa. Creo en el hombre anónimo, el verdadero autor de la historia. Ya he explicado en varios ensayos el carácter hegemónico del estrellato. En la medida en que todos seamos anónimos, destruiremos la pretensión de los líderes, de esas vedettes que nunca desconfiarán del poder. El caudillismo niega a la masa, utiliza a la masa como escalera, detesta a la masa porque le hace sombra. Pero una multitud es anónima, y sólo las multitudes crean la conciencia de clase. No habrá un socialismo genuino mientras no se destierren todos los Nombres y los Apellidos”.

Miércoles 4 de febrero. 4 de la tarde

Al principio los pasajeros del camión no se dan por enterados. Trabajadores manuales en su gran mayoría, viven la indiferencia que

es cansancio, el fastidio que es desconfianza, la inexpresividad que es recuperación de energía. Los brigadistas, identificados por sus tarjetas, listones y botones, se lanzan a la conquista del ánimo popular.

—Señoras, señores, un momento de su atención por favor. Venimos a pedirles su apoyo económico y moral. Somos estudiantes del CCH-Sur y con el resto de la UNAM estamos en huelga desde el 29 de enero en protesta por las reformas de Carpizo, que quieren la deserción de miles de universitarios para favorecer a la gente con recursos, y nos niegan el derecho a decidir qué clase de universidad queremos. Son ellos quienes se oponen al Congreso Universitario Resolutivo, quienes prolongan la huelga.

La respuesta es mínima. Los pasajeros mantienen su fatiga y es la hora de provocar reacciones usando lo que llaman los brigadistas “Teatro invisible” o “Teatro incidental”. Dos estudiantes se encargaron del papel de “malos” y reproducen los argumentos adversos al CEU, aparecidos en la prensa y, seguramente, en las reuniones familiares.

—¿Y ustedes por qué no estudian? Nada vamos a ganar andando de vagos. Nosotros también somos de la UNAM y no queremos huelga porque nos quita la oportunidad de estudiar.

—Pues les sobrá el dinero, compas. Nosotros venimos de las clases populares, y para sostenernos en la universidad nuestras familias tienen que sacrificarse.

—No venga con cuentos de sacrificios. Al CEU lo manejan los políticos y lo que quieren es que perdamos el tiempo.

—No hables por hablar, hijo. Entérate, ve a las asambleas, no dejes que te manipulen.

Los pasajeros se han interesado. Empiezan los comentarios regocijados, las sonrisas, los envíos de miradas.

—Y además, ¿qué caso tenía la huelga? Ya les dieron el chance de pase automático con 7 de promedio y 4 años en prepa o CCH. Si ni esos requisitos alcanzan, mejor muéranse o métanse de líderes obreros.

—Ves mucha tele, cuate. No estamos en huelga nomás porque deroguen requisitos que significan que la Universidad desconfía de la preparación en sus propias escuelas. Fuimos a la huelga porque queremos renovar a la UNAM en serio y crear oportunidades educativas para todos.

—¿Y a poco todos van a conseguir trabajo como profesionistas? Sí como no, ya mero. Si tantas ganas traen, pónganse en huelga contra el criterio de selección de las empresas, porque para el empleo no hay pase automático.

A una señora muy atenta desde las primeras frases, le irrita tanto la argumentación en contra del CEU, que se enfrenta con el “actor incidental”.

—¿Y tú por qué defiendes las medidas a favor de los ricos? ¿No te das cuenta de que estos jóvenes luchan por nosotros, por nuestros hijos? ¿No ves que expresan el descontento de todos?

—Mire señora, esos jóvenes son unos vagos, que no quieren estudiar.

—El vago eres tú, y los hijos de papi como tú. ¿No te enteras de lo que cuestan los libros, de las dificultades para estudiar, de nuestro esfuerzo por sacar adelante a los hijos? Nomás te digo una cosa simple: en México la educación debe ser gratuita, porque así lo manda la Constitución.

—¡Que estudien, señora, que estudien! Y ya luego hacemos caso a la Constitución.

—Oye bien, los del CEU la van a hacer, y muy bien, para fregar a los juniors como tú.

Se hace un silencio. Los pasajeros toman el partido de los estudiantes, o eso indican sus aportaciones al boteo. El estudiante que inició la discusión la termina.

—De nuevo les pedimos su apoyo económico y moral. Nuestra huelga es legítima y lo hemos probado. Y en este momento de pobreza terrible que vive México, los estudiantes necesitamos que ustedes también se organicen y luchen por sus derechos en sus trabajos, en sus colonias, al lado de sus hijos.

Al bajar del camión los brigadistas comentan los resultados de su acción propagandística y teatral. Estuvo bien, aceptan, pero no hay nada como los mercados. Allí la discusión es más a fondo, y siempre les dan comida, los felicitan, los apoyan sin reservas.

Miércoles 4 de febrero. 6 de la tarde

En el Auditorio de Humanidades los estudiantes de Leyes discuten el apoyo a la huelga, en el idioma de su profesión.

—Quienes están al margen de la legalidad son ellos, los de Rectoría. Nosotros, estudiantes de Leyes, entre el derecho y la justicia estaremos siempre con la justicia.

Un joven de traje y corbata, como los de antes, sube al estrado. Se le recibe con cierta hostilidad, o eso cree advertir mi oído, que no aquilata los grados de admiración en las rechiflas leves. El moderador interviene para garantizar su libre expresión.

—No respeto todas las posiciones [*silbidos y gritos*]. . . No, no necesito pertenecer a Voz Universitaria para decir que no estoy de acuerdo con la huelga [*silbidos*]. Tampoco soy del PRI. . . Que no haya falta de respeto. . . Para mí que el CEU es como una junta militar sudamericana [*gran rechifla*]. Ésta no es una cámara de diputados para que todos levanten la mano [*rechifla, risas, alza la mano una parte de la asamblea*]. ¿Cómo es posible que a un rector que dialoga se le cuelguen las banderas de huelga? [*rechifla*]. . . Recuerden que éste es un debate democrático. . . ¿Por qué nunca se hicieron movimientos contra Soberón, contra Rivero Serrano, rectores represivos, que no dialogaban, que pertenecían al PRI, que lo obligaban a uno a oponerse al uso de la Rectoría como escalón?. . . Nosotros no somos obreros ni campesinos, no nos explotan ni tenemos patrón. Las reformas deben continuar.

Algunos aplauden. El orador siguiente es vivaz y maneja el micrófono como arma blanca.

—¿A qué se refiere el compañero con eso de que el CEU se maneja como junta militar? Que vea la realidad. Más de 180 mil estudiantes representados por dos personas en el Consejo Universitario. En Derecho sólo 500 alumnos votan por el consejero universitario. Ése sí es un golpe de Estado. El nuestro es el único movimiento estudiantil que se tarda 4 meses y medio antes de estallar la huelga, una acción relacionada con nuestra esperanza de cambiar este país.

Al final de la asamblea, es mayoritario el voto a favor de la huelga. Los estudiantes se van a Leyes a colocar las banderas rojinegras.

Miércoles 4 de febrero. 8 de la noche. El CAU

Desde el 6 de enero el Auditorio de Humanidades no ha conocido ni instantes de reposo ni lugares vacíos. Ahora, aquí se constituye formalmente la nueva organización, el CAU, Consejo Académico Universitario, la tercera voz del conflicto. Predominan los profesores del CCH y de preparatorias, pero en la ya importante representación de escuelas y facultades, los activistas de los años setenta retornan a la indignación con discurso adjunto, y también levantan la mano quienes hace apenas unas semanas se irritaban ante el dogmatismo del CEU.

En la universidad de élites masificadas las reuniones gremiales en un auditorio son apenas sintomáticas. Faltan miles de profesores, y lo en verdad representado es la exasperación ante los feudos académicos y la pérdida del poder adquisitivo. Previsiblemente, el tono

oratorio mezcla el espontaneísmo estudiantil con la preocupación didáctica, el deseo de emocionar emocionándose con el hábito de grabar a repetición lenta los ideogramas en las tiernas mentes a su disposición. Los maestros hablan, los maestros enseñan, los maestros oyen, los maestros aprenden, se va haciendo visible la legendaria Comunidad Universitaria, se destruyen cercos ideológicos, se aproximan sectores y personas, se fomenta la unificación idealista y pragmática del lenguaje y los puntos de vista.

Jueves 5 de febrero. Un activista

—Cuando ya vieron inevitable la huelga, las autoridades desconectaron los teléfonos, y suspendieron el servicio del agua. Esto no fue generalizado. Afectó sobre todo a Ciencias, Ciencias Políticas y el CCH Azcapotzalco. Se examinó el problema, y de la nada aparecieron brigadas de estudiantes que en pocas horas restablecieron los servicios y compusieron averías, por ejemplo unas tuberías rotas en Trabajo Social, arregladas por una brigada de estudiantes de Ingeniería, Arquitectura y Ciencias. Con los teléfonos se lograron milagros, y se instalaron líneas directas que mantienen la comunicación entre escuelas y contrarrestan la ola de rumores.

Lo de los rumores es de veras muy jodido. Hay de todos tipos, pero los más frecuentes tienen que ver con porros en las preparatorias, o con el asalto inminente de las fuerzas represivas, la policía tomará los planteles. A los teléfonos centrales del CEU numerosas llamadas anónimas siembran falsas alarmas. Y eso desgasta un chingo. Se necesitan grupos grandes que se movilicen de inmediato, y detengan la inseguridad y la confusión. Para contrarrestar los rumores ya se estableció una banda de radio civil en la zona sur, que permite información directa entre las escuelas. Eso es aprovecharnos de la era moderna.

Jueves 5 de febrero. Un dirigente de Ciencias Políticas

—El contraste permanente: la vitalidad de las brigadas, las inercias de las asambleas. La experiencia de la huelga es nueva para la inmensa mayoría, y las discusiones son obvias y larguísimas, duran casi hasta que empieza la siguiente asamblea. La organización avanza entre pleitazos sobre las formas de la organización. Al irse estabilizando la euforia inicial y la sensación de avance incontenible, se asimila el significado mismo de la huelga, y se capta el compromiso físico

y moral que implica. Todo está por hacerse: las marchas zonales, el encuentro nacional de estudiantes, las brigadas, los sistemas de aprovisionamiento de comida y agua, las guardias, las asambleas. En la huelga, hay dos riesgos notables: la desmovilización y el que la actividad inmediata ocupe siempre el primer plano, y posponga de modo indefinido el análisis de las perspectivas. Pero en estas asambleas, ni el hartazgo ante sectarismos y necesidades ha sido suficiente para enfriar ánimos; cada uno se siente aportando algo concreto y sólido para el proyecto general. Por ahora, en las asambleas del CEU la memoria de lo olvidado por otras generaciones estimula la actividad general.

FLASHBACK: DE LA RELATIVIDAD DEL TIEMPO DE ASAMBLEAS Y OTRAS SESIONES DELIBERATIVAS

La asamblea dura ya cinco horas y la atención del estudiante no flaquea, a él lo absorbe la discusión, y las repeticiones lo tonifican, le clarifican el punto de vista. No le había pasado antes, hay que reconocerlo, hace unos meses soportaba a duras penas los 50 minutos de clase, y si atendía a las mesas redondas de la tele, era por la diversión (“Quítale el sonido y fíjate en los tics de los intelectuales”). Pero con el movimiento del CEU, el estudiante y sus compañeros, decenas de miles, se han descubierto propietarios de la resistencia auditiva que soporta cualquier flagelación verbal, las mociones de orden y de procedimiento, *como la arena de la mar*, los arrebatos ante el micrófono, las pretensiones de doblegar ideológicamente mediante el volumen de la voz, los murmullos y los aullidos, las votaciones que recomienzan siempre. . .

Sí que es fatigoso el aprendizaje democrático, y sin embargo el estudiante no retrocede. Se instruye como nunca, aprende a tener opiniones fijas, a unirse entrañablemente a ellas, y a modificarlas con presteza si el siguiente orador es convincente. Y por vez primera le encuentra sentido al aburrimiento y al sopor, sin ellos uno se olvidaría de lo esencial, no como individuo, claro, sino como partícula de esa multitud que es reacción esperanzada ante la universidad. Y el estudiante se fija en vueltas y extravíos del discurso, aplaude, silba y hace de los lugares comunes su ritmo interior, camina guiado por el tam-tam de las reformas académicas, del derecho a la educación popular, del Congreso Resolutivo, y este ritmo norma incluso el bostezo y la gana de dormir semanas enteras.

He aquí en acto y en potencia la energía del movimiento que ha

revitalizado a la UNAM, y que la sociología instantánea ya califica de experiencia-que-marca-a-una-generación al elevarla psicológicamente, y el enfrentarla a su primera gran “emoción histórica” (sinónimo de interés nacional). Sin la conversión del aburrimiento en intensidad, sin la fe en los poderes regeneradores del tedio, el estudiante no viviría a fondo el movimiento, no gozaría el cansancio de las guardias en las escuelas y el trajín de las brigadas, no entendería por qué es fundamental oponerse a los reglamentos sobre los exámenes departamentales. . .

Él sigue de pie, apretujado, absorto ante el enésimo orador que dice lo mismo con las mismas palabras. Según lo ve, la repetición es la clave de la formación política. Lo oído, si muchas veces oído, se va volviendo diáfano.

Domingo 8 de febrero. 2 de la tarde

Frente al Auditorio de Humanidades un grupo de reporteros cumple con su rutina. A los líderes del CEU se les nota cansados y habituados al cansancio, seguros de sus respuestas y complacidos ante la falta de novedad de las preguntas. Sí, las clases extramuros impulsadas por Rectoría han sido más bien simbólicas, es iluso suponer que son remplazables las instalaciones universitarias. No, afirma Ímaz, el CEU no se propone la caída del rector Carpizo, eso no sirve para nada. La lógica del CEU no es quitar o poner gente, sino transformar la universidad. Sí, hay quienes aspiran a suceder a Carpizo, son los zopilotes de Rectoría. Por ejemplo, los directores de Derecho (Miguel Acosta Romero), de Veterinaria (José Manuel Berruecos), de Ingeniería (Octavio Rascón), de Odontología (Filiberto Enríquez). ¿Qué lógica académica, qué espíritu universitario tienen estos directores? Ninguno, son sólo oportunistas.

Los activistas llegan con prisa y separan a cualquiera de los líderes para informarles: ya van muy pocos a las guardias, hay padres de familia que se quejan, no hay coordinación. . . Los líderes oyen, instruyen, reciben noticias de pancartas y mantas para la manifestación de mañana. Los reporteros escriben abúlicamente.

Lunes 9 de febrero. 4 de la tarde. La segunda conquista del Zócalo

¿A quién se le puede olvidar la masacre? ¿Es lógico un poco de miedo aunque haya pasado tanto tiempo?

En la Plaza de las Tres Culturas, en reconstrucción, la ansiedad

organizativa disipa fantasmas y despliega su certidumbre: quien nos quiera reprimir, que se acuerde del destino histórico, político y personal de Díaz Ordaz. Desde el altavoz se distribuyen recompensas auditivas: “Iniciará la marcha el CCH-Oriente, ejemplo de organización y disciplina en este movimiento”. Y llamados a la contención: “Se avisa a los miembros del CEU que no habrá pintas en el transcurso de la marcha”.

A ganar voluntades en la batalla por el consenso, a imponer los lemas de la nueva sabiduría: “El examen no es más que el bautizo tecnocrático del saber” (manta de Ciencias)/ “Aprender la tecnología jurídica para crear nuevos ordenamientos” (manta de Leyes)/ “No a la universidad elitista y maquiladora” (manta de Economía). El abigarramiento es parte del consenso: teatro callejero, simposios callejeros, murales efímeros. Una de cada diez personas toma fotos para darle a sus descendientes la oportunidad del pasmo divertido. “¿Todo en orden?” se pregunta sin cesar desde los walkie-talkies. “¿A qué horas comenzamos a botear?” Los de Filosofía multiplican las referencias literarias: “Cuando despertó, el CEU todavía estaba allí”/ “Si Cervantes viviera, con nosotros estuviera”/ “Somos mucho más que dos”/ “José, cómo me acuerdo de ti en estas Revueltas”. Los policías se enfrascan en la lectura de boletines informativos.

¿Cuál es el sonido de una marcha al comenzar? Es muchas cosas al mismo tiempo: humor traducido en orgía de la onomatopeya, ruido salvaje, murmullo desmesurado. El CEU avanza a su segunda conquista del Zócalo, en medio de la obsesión por reducir a frases filosas la experiencia política. Centrada en sus objetivos, levemente antigubernamental, la marcha se permite el lujo de la ironía clasista:

La educación/ primero/ al hijo del obrero
La educación/ después/ al hijo del burgués.

Los estudiantes de la Facultad de Música estrenan el mambo “Aguanta la huelga”, y al pasar por la Plaza Garibaldi incitan a la recuperación gremial: “Mariachi/ consciente/ se une al contingente”. Algunos anarquistas, o que así se autclasifican, caminan con máscara negra y su A gigante. “¡¡Duro, duro, duro!!” La conquista pacífica de la ciudad es innegable. Muy pocos negocios se cierran, y hay aplausos, risas, opiniones favorables vertidas a los centenares de grabadoras empuñadas por los estudiantes respectivos de Ciencias de la Comunicación: “Este movimiento puede transformar

a la capital”, argumenta una señora. “Esto es fantástico, realmente. Es una fiesta estudiantil, pero no para echar relajo, sino por algo justo”, dice un burócrata (que se identifica como tal porque lo identifican como tal). “Los estudiantes están demostrando que el camino no es la violencia, sino la cultura, la cultura como derecho”, exclama un funcionario que prefiere no dar su nombre, ilusionado por una ráfaga de clandestinidad.

Esta vez es amplia la participación del sector académico. Los profesores del bachillerato siguen siendo mayoría (y su apariencia explica por qué se dicen a sí mismos “pobresores”), pero los de facultades se estrenan como manifestantes, y para hacerlo asimilan el estilo juvenil y las técnicas ceuistas.

La llegada al Zócalo carece de la intensidad emocional de la vez primera, pero el número es mayor y el júbilo es más sólido. Se queman algunas mantas, truenan cohetes, se elevan dos grandes globos con fuego que dicen CONGRESO. “Llevaremos a Carpizo a la cordura.” El mitin es anticlimático, pero ¿qué mitin podría conmover a más de 250 mil personas?

Martes 10 de febrero. 7 de la noche

En el Colegio de Ingenieros Civiles se reúne el Consejo Universitario, en busca de fórmulas conciliatorias. La sesión principió a las 11 de la mañana con el discurso del rector Carpizo, quien reconoció el salto cualitativo en el decir y el actuar universitario, y propuso:

1. La realización de un Congreso Universitario dentro de los marcos del orden jurídico, vigente en esta Casa de Estudios.
2. El Consejo Universitario, uno de los responsables del cumplimiento de ese orden jurídico, asumirá las conclusiones del Congreso Universitario.
3. La creación de una comisión organizadora del Congreso donde esté representada la pluralidad de la UNAM.

Tras cinco meses de movimiento estudiantil, un gran testimonio de las ventajas del diálogo. A lo largo del día se conforma un modesto psicodrama mientras cada consejero elogia su propia vocación perpetua de concordia. Ellos todo lo dijeron desde el principio, y si entonces se juzgó que decían lo contrario, es porque al principio todo es oscuro. En la mayoría de los casos, estos severos directores de escuelas y facultades, estos prohombres de la burocracia universitaria, estos jóvenes respetuosos llamados a suceder a directores y prohombres, con tal de asimilar lo ocurrido acuden al idioma-de-la-fraternidad-universal (con reparos). Hay que salvar lo salvable

(casi siempre la continuidad personal), y los defensores a ultranza y a desplegado batiente de las reformas del rector, los cultores de la legalidad, los jefes de las insulas de poder, reaparecen travestidos de intérpretes de la racionalidad, homenajes florales a la grandeza de ánimo del Consejo Universitario, estatuas móviles del amor al ímpetu juvenil.

Así, el director de Ciencias Políticas Carlos Sirvent, afirma que “no es negativo para la Universidad la irrupción de movimientos que se instalan en la lógica académica, con protagonistas que nacen de esa misma lógica académica”. (¡Como Minerva del cerebro de Júpiter, nace el CEU de las neuronas del Establishment universitario!) El consejero Carlos Varela de Contaduría asegura inauguralmente que “nuestra universidad es multifacética, plural y compleja”. Y el consejero Martínez Stack es contundente: “Me siento orgulloso de ser en estos momentos universitario, y por haber tenido la suerte de que en estos momentos también tome parte de este Consejo, de tener la posibilidad de ser actor en esta reunión, en donde estamos —así lo creo— dando una lección a muchos sectores e instancias en nuestro país”.

¿Quién de los presentes habrá votado el 11 y el 12 de septiembre por el primer paquete de reformas? Casi ninguno, al parecer, lo que da gusto, porque entonces aquí no abundan los arrepentidos, sino los recién enterados. Pocos sostienen las antiguas posiciones y pocos se abstienen del diluvio de palabras clave: madurez, voluntad de participación, pluralismo, discusión, análisis, servicio a la nación, audacia intelectual, defensa de la Universidad. Implícita o explícitamente, muchos abandonan la nave deteriorada del Consejo Universitario, abatido por la “crisis de credibilidad”, y abordan la majestuosa nave del Consejo Universitario, remozado por los baños de pluralidad.

Pocos se aferran a lo que creyeron. Por ejemplo, el consejero Delgadillo de la ENEP-Acatlán, quien se rinde muy airado: “. . . pero no vamos a cuestionar si, por ejemplo, en la ENEP-Acatlán 50 o 100 estudiantes nos pararon a 18 mil estudiantes que sí queríamos clases; no vamos a cuestionar tampoco si en una manifestación existieron 10, 20, 50 mil estudiantes, y 10, 20 o 50 mil damnificados del Campamento 2 de Octubre. No se trata en este momento de cuestionar estos aspectos”. Por ejemplo, y de modo supremo, el doctor Manuel Barquín, dirigente de las Asociaciones del Personal Académico (AAPAUNAM), el villano ideal del CEU, y ciertamente un rencor vivo, la síntesis museográfica de años y décadas del caciquismo

universitario de nivel mediano, la intemperancia que oculta la ignorancia, la ignorancia que magnifica la grosería, la acometividad que desearía suplantar al argumento racional.

El doctor Barquín posa en cada una de las vitrinas de su alocución: “Mienten aquellos que dicen que he calificado a los estudiantes de bastardos; yo siempre les he enseñado con educación y no me atrevería a calificarlos más que en mi materia”. Mientras uno imagina al señor Barquín dividiendo a sus alumnos en *bastardo*, *empleadillo* y *caballero*, él salta al dictamen caracterológico: “No tratamos de convencerlos [a los académicos opuestos a las AAPAUNAM]. Sabemos por anticipado lo difícil que es convencer al fanático. Por otro lado, creemos también que hacer pacto con el sectario es exponerse a que, cuando recibe la consigna, rompa el pacto”. Así ha sido la derecha en la UNAM, desde hace 60 años: la ansiedad de privilegio que se reserva el monopolio del juicio moral. (No me pregunten qué ha sido la izquierda.)

EN DONDE SE ANIMA EL DIÁLOGO CON UN APARATO, Y LOS INICIADORES REGRESAN MUY ACOMPAÑADOS

En las afueras del auditorio del Colegio de Ingenieros, cientos de estudiantes conversan y ven la transmisión del acto en circuito cerrado. El apasionado trato con las imágenes remite de inmediato al fútbol. Ante el monitor, los estudiantes apoyan, increpan a los oradores (“¡Farsante! ¡Oportunista!”), insisten en las porras futboleras, se animan ante los líderes.

Los momentos culminantes se desprenden de los elogios al CEU, el resucitador oficial de la UNAM según se dice en esta sesión del Consejo. Imanol Ordorika recuerda sus pronunciamientos en la madrugada del 12 de septiembre:

. . . Dije una frase que quizás se vuelva histórica, pero no era nuestra, era de Espartaco y decía: “Volveremos y seremos miles”. Y somos miles por la fuerza de la razón, porque para tener a miles de estudiantes y profesores al lado nuestro hemos tenido que argumentar, hemos tenido que convencer, porque no tenemos ni un ápice de poder ni económico, ni legal, que nos haya permitido construir un movimiento que hoy ya nadie puede negar; tenemos sólo el poder de la razón, y el poder de la razón ha hecho que cientos de miles llenen las calles de esta ciudad exigiendo una nueva universidad...

Ordorika insiste: “el Consejo Universitario fue inmoral el 11 y 12 de septiembre por imponerse a una comunidad entera a sus espaldas”, y afuera los estudiantes dialogan aprobatoriamente con el monitor. Carlos Ímaz declara: “Me siento incómodo en esta sesión, porque después de 12 días de huelga, en un ambiente de compañerismo y fraternidad, los ambientes acartonados lo hacen a uno sentirse incómodo”, y los ceuistas se ríen. Antonio Santos afirma: “Yo siento que un legislador, porque somos legisladores, querámoslo o no, estemos o no de acuerdo, dentro o fuera del Consejo Universitario, somos legisladores representantes de la comunidad, y en tanto representantes de la comunidad estudiantil, tenemos que traer la voz de nuestra comunidad. Yo vengo en este espíritu, vengo como representante del CEU y vengo como legislador nombrado democráticamente...”, y los estudiantes asienten.

Habla Óscar Moreno, del CCH-Azcapotzalco, y a través de sus palabras, impensables en el Consejo Universitario de 1986, se vislumbran los alcances del tan afamado “cambio de mentalidad”:

Se ha hablado aquí mucho del caos y la anarquía. El señor Barquín decía que CEU más CAU igual a CAOS, y algunos otros hablan de la anarquía sacudiéndola como un fantasma que a todos debiera atemorizar.

Nosotros somos herederos de una tradición histórica que hemos reivindicado a lo largo de todas las manifestaciones, que hemos reivindicado en nuestros argumentos, en nuestras participaciones en todo momento.

Queremos recordar simplemente que anarquistas eran también aquellos hombres que incitaban al pueblo en contra de la dictadura de Porfirio Díaz; que anarquistas eran Ricardo Flores Magón, Práxedes G. Guerrero, los redactores del periódico *Regeneración*...

Afuera de este recinto hay desplegada una bandera anarquista, una enorme y hermosa bandera negra, como la de los anarquistas de aquel tiempo y de todos los tiempos.

Ciertamente, no todos los estudiantes del CEU son anarquistas, pero yo sí reivindico como lo hemos hecho todos nosotros, una tradición histórica de la que nos enorgullecemos, una tradición histórica que forma parte de esta patria...

EN DONDE SE CUMPLE LA VOLUNTAD DE CONCERTACIÓN, O POR LO MENOS ASÍ LO CONSIDERAN LOS ESPECTADORES DEL ACTO

Al cabo de las muchas horas, ya procede el sueño de la concordia. Es el turno de los resolutivos finales, y el rector pone a votación las proposiciones. Se aprueba por 90 votos el Congreso Universitario, por 95 votos el que el Consejo asuma las conclusiones del Congreso, por 96 votos que los representantes al Congreso sean elegidos por el voto libre, universal y secreto de sus respectivas comunidades, por 96 votos los foros previos al Congreso.

Se alega en pro y en contra de las clases extramuros, para el CEU “esquirolaje”, y para el rector opción legítima, “al llevarse a cabo donde cada comunidad lo decidió libremente”, se acepta reponer los días perdidos en la huelga y el ajuste de los calendarios escolares, se discute un tanto agriamente el pago de salarios a los trabajadores, pero urge llegar al punto central, la integración de los 16 miembros del Consejo que precisarán las reglas de la Comisión Organizadora del Congreso. El rector lee su lista de quince profesores, estudiantes y directores, más un trabajador que el STUNAM designará. Hay ajustes, demandas de representación, el consejero Ascensio renuncia a favor del consejero Santos, y el murmullo aprobatorio verifica el equilibrio. Un líder del CEU comenta en voz alta: “Estamos parejos, ocho y ocho”. Se vota por la Comisión organizadora: 89 a favor, tres en contra y siete abstenciones. De nuevo la aplanadora, pero esta vez en un paisaje muy distinto. Carlos Pereyra, en *La Jornada*, resumirá así el proceso: “En la beligerancia de los conflictos es previsible la idea de que diálogo y congreso fueron conquistas *arrancadas*, pero la historia de los movimientos sociales muestra que hace falta un esfuerzo mucho más penoso y prolongado para arrancar conquistas si no hay disposición de quienes ejercen el poder para establecer terrenos más propicios para la concertación”.

Ahora se discute el legendario paquete sobre modificaciones al Reglamento General de Inscripciones, Reglamento General de Pagos y dictámenes de las comisiones de Legislación Universitaria. Un grupo numeroso de directores propone suspender los reglamentos y diferir la polémica para el Congreso. Se aprueba. Es hora de capitalizar verbalmente la victoria que, se insiste, no es de una facción sino de la UNAM. La estudiante preparatoriana Andrea González le da una repasada paternalista a sus mayores: “Desearía darles un consejo, como amiga, como estudiante o como lo que quieran, y es que

se acerquen un poco, que conozcan al CEU y que conozcan al CAU, porque es un movimiento legítimo, un movimiento que lucha por la transformación, y realmente fue una emoción increíble caminar con miles y cientos de miles de compañeros al lado, por las calles, rumbo al Zócalo”, y el doctor Palma, consejero de Medicina, acepta el regaño: “Creo que no hay nada más hermoso que cerrar este evento con una voz tan linda, tan pura, con sentimientos tan especiales como los de esta compañera”.

Miércoles 11 de febrero. 12 de la noche. Un cch

La asamblea no tiene para cuándo acabar. Aquí, como en otros muchos planteles, un sector vierte su descontento por las “declaraciones a título personal”, el “culto a la personalidad” y el “monopolio del poder” en el CEU. “Santos, Ímaz y Ordorika se la viven declarando —se dice—. Hablan porque les da la gana sin consultar jamás a sus bases. ¡Ya basta de personalismos!” La ultraizquierda —es decir, aquellos que, entre otras cosas, consideran a todos los demás de “ultraderecha” para realzar su extremismo— aplica su táctica favorita: vencer por cansancio. Véase si no: se inscriben en el debate los 10 o 20 activistas de la línea dura, eternizan el discurso, y dilapidan descalificaciones ideológicas: “Eres un agente objetivo y subjetivo de la burguesía”, o descalificaciones físicas: “Si sigues calumniándonos te vamos a romper la madre”. La asamblea se despuebla y quienes quedan imponen su punto de vista. Victoria por default.

Otras asambleas dilatarán de 3 de la tarde a 12 de la noche, de 8 de la noche a 4 de la mañana. La de este CCH *apenas* dura cinco horas, al cabo de las cuales 35 compañeros se ponen de acuerdo: dada la trampa de Rectoría y la traición de los reformistas, no es posible levantar la huelga.

Jueves 12 de febrero. 11 de la mañana

Pita Carrasco preside la asamblea del CEU en el Justo/Guevara. El clima es muy tenso, “para cortar el aire con un cuchillo”, como se decía en las novelas del siglo XIX. A nombre del CAU, el científico Manuel Peimbert califica de triunfo las resoluciones del Consejo Universitario, y asegura que a la nueva etapa en la UNAM la distinguirán el aglutinamiento, la acumulación de fuerzas y los proyectos ambiciosos. Por primera vez en mucho tiempo hay una organización

estudiantil vigorosa; es ya factible la democratización del sector académico y concluye el reinado de los sindicatos “blancos”; aumentó en 125% el presupuesto universitario; se han suspendido los reglamentos y se ha ganado el examen de posgrado.

Se inicia el desfile de representantes, y en el bachillerato la tendencia dominante es seguir la huelga. Las impugnaciones al levantamiento se repiten: no se contempla la participación de las preparatorias populares/ es inaceptable el modo en que se integró la Comisión/ la derogación de las reformas debe ser total, y no queda claro qué significa *asumir* (el delegado de la Preparatoria 3 es muy enfático: “Sabemos que Carpizo y todos sus achichincles que le rodean saben plantear cuatros. Hablan del marco jurídico y ya sabemos que ese marco es de ellos”)/ se demanda mayoría de estudiantes en la Comisión (alguien dice: “O quitan a las autoridades, o ponen en su lugar a los estudiantes”)/ se exigen garantías de que no habrá represalias (el delegado del CCH-Sur dice: “Que se avale la no-represión mediante un documento firmado en el ámbito académico, ideológico y físico”).

En el auditorio, en la lucha por el espacio vital, la gente se aprieta hasta la transubstanciación. Un empujón fuerte origina una batalla campal. Los gritos abundan (“¡Mira Mesa! Tú dices que esto es democrático y no me das la palabra”). En la recapitulación se ajustan cuentas. El delegado del CCH-Sur critica a los declarantes que comprometen el nombre del CEU. Y de paso dictamina: levantar la huelga equivale a desmovilizar.

En muchas intervenciones florece el dogmatismo inherente a la ultraizquierda, con su irritado mesianismo y su odio a los reformistas, y a quienes ocultan su reformismo bajo el pretexto de la negociación. Pero hay también actitudes no desprendidas de la ideología grupuscular, sino de la radicalidad de la experiencia personal y social. El delegado del CCH-6 es categórico: “Jamás podemos confiar en las autoridades. El diálogo es demagógico, mientras no contemos con un reparto social efectivo. Que la huelga se levante hasta que salgan los resolutivos del Congreso. Ésta es la única garantía. La Comisión deberá tener un 50% de estudiantes nombrados en asambleas”. Y todos se amparan en lo obvio: la energía estudiantil. El delegado de la Preparatoria José Revueltas pide continuar la huelga como un medio para continuar el Congreso.

Por enésima vez: que las autoridades aclaren públicamente el término *asumirá*. Y hay la demanda de un “botín de guerra” psicológica. Que todos sepan bien quién ganó esta batalla. Al delegado de

la ENEP-Zaragoza sólo lo apaciguará una Comisión integrada por 32 alumnos, 16 maestros, diez trabajadores y cero autoridades. El estudiante de la ENEP-Aragón es tajante: se vuelve a clases cuando se conozcan las resoluciones de la Gran Comisión. Y la asamblea de Ciencias pide eliminar de la Comisión a los representantes de Rectoría.

“LA HUELGA ES UN ARMA, PERO HAY QUE SABERLA USAR”

Al principio de la asamblea, la mayoría es muy demostrativa en su apoyo al alargamiento de la huelga: DURO/DURO/DURO. Hay rechiflas para Ordorika, Ímaz y Santos y gritos: “¿Cuánto te pagaron?” Ordorika observa sin situar la mirada, conversa distraídamente, recibe informaciones de los porcentajes a favor y en contra. En los corrillos, algunos partidarios de levantar la huelga reconocen errores (“Esta asamblea debió ser antes de la sesión del Consejo”), y aventuran hipótesis sobre la vocación de derrota de la izquierda.

No es para tanto. Es importante el número de escuelas a favor del levantamiento de la huelga, y son por lo menos insuficientes las razones de quienes buscan alargarla. Así, por ejemplo, el delegado de Economía explica la posición de su asamblea: aceptar sería someternos de nuevo al Consejo Universitario, y por ello, y para fortalecerlos, debemos acabar con la huelga tradicional, e instaurar *la huelga autogestiva*, que implica la supresión de las estructuras actuales de gobierno, la desaparición de los funcionarios, la autonomía académica. El delegado de Ingeniería rechaza el acuerdo del Consejo, porque no conduce a una democracia de fondo. Y el de Medicina condiciona el levantamiento de la huelga a la suspensión del reglamento de posgrado.

Termina el recuento con 24 votos a favor del sostenimiento de la huelga, 14 por el levantamiento, 3 sujetos a condicionantes y 2 abstenciones. Sigue ahora el debate sobre si es resolutive o no la plenaria. El calor aumenta, pero nadie sale. Se niega la existencia de dos polos, pero cada detalle de la asamblea confirma la división. Los ultras pasean su mirada despreciativa, aplauden los signos de desconfianza ante la celada infinita del poder. Gritan y empujan los deseos de anotarse en la lista de oradores.

Carlos Ímaz es tajante: “Hay gente que asegura que aquí hay intereses oscuros, que hay en el CEU vendidos. Éstos no deben ser los argumentos. La huelga es un arma, pero hay que saberla usar, si no se cuida se vuelve contra los propios huelguistas”. Cita módica-

mente a Lenin (“Hay que hacer análisis concretos de hechos concretos”), lo que no le evita silbidos. Pide analizar los objetivos de la huelga, la correlación de fuerzas, la situación de la opinión pública. Le sigue Andrés, de la FES-Cuautitlán que luego de invocar la derogación de las medidas y el Congreso Resolutivo, sitúa su problema central: “y nuestras consideraciones sobre la estructura de gobierno nos sacan de la legalidad. ¡Ah! Y que los líderes se abstengan de declarar a la prensa” (*grandes aplausos*).

Una joven defiende la Comisión: “Hay ocho consejeros democráticos...” (*silbidos*). Maru, de Artes Plásticas, denuncia: “Ayer una comisión de Ciencias fue a la escuela a insultarnos por haber votado el levantamiento [BU/BU]. Pedimos respeto y reflexión, no aclamaciones y abucheos”. . . Se lee la lista de los ocho partidarios del CEU en la Comisión del Consejo. Rechifla para Santos y Monroy. El delegado de la ENEP-Zaragoza no vacila: “¿Por qué voto universal y secreto? Que sea en asamblea, a la vista de todos”.

Hablan Guillermo, de Ingeniería: “El problema es lingüístico. Hemos ganado, quitémonos la careta de intransigentes”, Simón, de Trabajo Social: “Hay que estar unidos. Si nos dividimos, nos joden”, Mario, de Economía: “Si levantamos, levantamos en coro ¿qué chingaos hay resuelto? Sigamos en la huelga hasta conseguir la victoria” (*ovación*. DURO/DURO). La bacanal oratoria se prolonga media hora más.

Habla Imanol Ordorika y obtiene con rapidez atención y silencio, pese al gran recelo. Él está al tanto: aquí sólo persuadirá a los ya persuadidos, pero sus palabras tienen resonancia externa. Este movimiento, argumenta, levante o continúe debe seguir unido. Las diferencias son importantes para obtener resoluciones claras. La tarea central es avanzar manteniendo la correlación de fuerzas, y no debilitándola. Hemos logrado nuestras demandas y es incorrecto pensar en un Congreso ganado de antemano, al estilo aplanadora del PRI. Avancemos sobre la base de estos triunfos parciales. Nos falta ganar y persuadir a la Universidad, es lo que está en juego (*ovación larga*).

El resto de la sesión le pertenece al desmadre ideologado. Cunden las voces de protesta, las mociones y las intervenciones sin auditorio posible, y dos votaciones deciden día y hora de la sesión resolutive: el domingo a las diez de la mañana. El dictamen de los ultras lo emite el compañero de la FES-Cuautitlán: “Que quede muy cla-

ro: de ahora en adelante, nada de salidas políticas. De hoy en adelante, con el movimiento obrero popular”.

Viernes 13 de febrero. Asamblea en el CCH-Naucalpan

—La discusión llevaba dos días: “¿Hemos ganado y hasta dónde? ¿No será una trampa de Rectoría para agandallarse el Congreso?” En las guardias nocturnas, a la luz de las fogatas, las frases sustituían a los análisis: “Esos ultras son la izquierda troglodita”, o “Esos reformistas ya capitularon”. Al iniciarse la asamblea había más de 300 estudiantes, y un relajo indetenible: Los ultras lanzaban verdades a medias, y había que rectificar una por una, llamando cada 5 minutos a la cordura y a la unidad, mientras abundaban las fórmulas de reconstrucción del mundo a domicilio. Oí la palabra ¡*Moción!* más de 10 mil veces, y como en 40 ocasiones la mesa pidió el cese de aplausos y abucheos. Se consideró a la palabra *asumirá* en el documento de Rectoría, una “abstracción despolitizada” y los partidarios de levantar la huelga invitaron a reflexionar sobre la inminencia del desgaste y la represión.

Un maestro afirmó: “Compañeros, tengamos claro que hay dos posiciones: una claudicante o reformista, y es la que confía en la propuesta de Rectoría, y la otra, consecuente, la rechaza, plantea continuar la huelga vinculándonos con el pueblo y los obreros. Los paladines de la concertación entregan el movimiento en charola de plata, al aceptar una negociación que traiciona las demandas originales”. Otro fue más contundente: “Aquí la lucha es contra la austeridad del gobierno y tenemos que unirnos con todos los sectores que se esfuerzan por vencer al Estado”.

El delegado del CEU pidió eliminar los calificativos fáciles y los insultos, y no sustituir con deseos la realidad. Una estudiante de primer semestre intervino: “Sepamos pensar, y aprendamos a ganar. Si queremos el todo por el todo nos quedamos con nada”. Terminó la lista de oradores, y la gente seguía exaltada. Se abrió una nueva lista. La mesa ya no era mesa y todos la cuestionaban. Los pro-huelguistas gritaban a todo pulmón, y uno gritó: “Somos los que más nos hemos chingado”. Las agresiones verbales se multiplicaron, hubo amagos de golpes.

El resumen de las intervenciones se llevó más de dos horas. Se exigía “¡Votación!”. Al final ganó (150 contra 50) la propuesta de levantar la huelga exigiendo garantías. Luego, los 50 perdedores hi-

cieron otra asamblea para redefinir su posición. (Informante: Jesús Cuevas.)

Sábado 14 de febrero. Asamblea de Economía. 2 de la tarde

Las dos virtudes cardinales de la democracia: la paciencia ante las intervenciones de los demás, y la impaciencia por intervenir. En el auditorio Narciso / Chi-Minh hay ya 75 participantes inscritos, cada uno con derecho a 3 minutos de perorata y al cartelito con la autoritaria palabra: TIEMPO. (Y a los cinco minutos el mayor exterminio: el silencio.) El debate sigue la pauta generalizada. Jamás se consultó tanto en los diccionarios la palabra *asumir*. Nunca se impugnó con tal denuedo el mecanismo de las urnas porque impide el control de las asambleas. Y es tan totalizador el espíritu democrático que de repente uno vislumbra un país donde cada quien tiene su opinión firmísima y está a punto de emitirla.

Por acuerdo de asamblea se prohíben los cigarrillos, y alguien justifica la medida teóricamente: “No nubles tu pensar”. Habla con voz pausada, quien desde el aspecto se confiesa profeta desoído:

—Los estudiantes andamos divididos. Rectoría lo quiso y lo consiguió. Si quisiéramos seguir, la derrota sería peor. El movimiento es un difunto y estamos asistiendo a su velorio. El día de ayer en cu no había guardia, no había movilizaciones, era un desierto. Lo real, lo que existe, es que el movimiento está dividido. Porque miren compañeros, democratizar a la universidad quería decir que los estudiantes tomáramos las decisiones. Ahora tenemos perdido de antemano el Congreso. La Rectoría nos metió un “cuatro”, y quienes aceptamos eso, hemos presentado nuestra candidatura para sepulcros de 300 mil estudiantes. Eso es lo real. La Historia nos ha de juzgar.

Una característica de la crisis: hay mucho tiempo a la disposición, todo el que se quiera, pero poquísimos espacios, y conviene aferrarse a los existentes. Dice el siguiente orador: “El vanguardismo es el secuestro de nuestra conciencia colectiva”, y uno traduce aproximadamente la frase: “La existencia de un liderazgo fijo no nos permite desarrollarnos cívicamente”. El compañero insiste en su crítica: “No se profundizó en lo académico, sino en lo político. Ahora sí se dan cuenta de la desconexión entre la minoría que hizo la huelga, y la mayoría que está allá. Se nos dejó avanzar, avanzar, y en un momento dado se nos dijo: Hasta aquí, señores”.

A los pesimistas se les recuerdan las movilizaciones, las concesiones en serie de Rectoría, el surgimiento de la conciencia estudiantil. El mayor aplauso de la asamblea es para el alegato de Ricardo Becerra:

—Si de sepelios se habla, debemos señalar que aquí asistimos al sepelio de la cultura política de la derrota. Ya basta de la fraseología radical que no va a la raíz de los hechos. Y también asistimos en la UNAM a un segundo sepelio. Aquí ya no se va a decidir como antes, sin la participación activa de la comunidad universitaria.

Por mayoría, gana el levantamiento de la huelga.

Domingo 15 de febrero. Auditorio de Humanidades. 10 de la mañana

La organización es extraordinaria. Desde temprano se cuidó la entrada al auditorio, reduciéndose al mínimo la posibilidad de provocaciones. Como resultado del control cientos de estudiantes que llegaron tarde, a las 9 y media por ejemplo, se aglomeran ante la entrada, vociferan, reclaman el acceso, maltratan verbalmente a la comisión de vigilancia, desean oír. Algo consiguen: mientras no se instale el equipo de sonido, no se iniciará la asamblea.

La elección de la mesa de debates ratifica el liderazgo: Carlos Ímaz obtiene 78 votos de delegados, Guadalupe Carrasco 75, Imanol Ordorika 71, Antonio Santos 65, Óscar Moreno 46. Hay esperanza y suspicacia, pero ayer perdieron la votación en Ciencias los partidarios de proseguir la huelga, y esto precisa la conclusión de esta asamblea. Sin embargo, falta apurar el rito hasta el último gesto de victoria o derrota, y conviene afianzar la estrategia proclamando la unidad.

Un compañero, dotado de las mil bocinas con que Dios protegió a los extremistas de la sordera de los liberales, repudia a quienes bloquearon las entradas al auditorio, y separaron cuatro filas para ejercer la vigilancia. Pregunta Ímaz: “¿Dónde están esos lugares apartados?” El griterío le responde para quitarle la razón dándosele, o al revés. Ahora se denuncia a un porro, ya expulsado en otra ocasión del auditorio. Se envían miradas persecutorias a la caza del malhechor, y de nuevo Ímaz quebranta la tensión: “Conocemos bien al porro en cuestión. No es este compañero ni tiene nada que ver”.

Sin prisa alguna hablan los representantes. Las demandas de garantía se van unificando: ninguna represalia/ que las autoridades se responsabilicen por el saqueo anterior a la huelga/ retención de

los espacios ganados (alguien exclama: “Que los lugares donde hemos cocinado se declaren territorio libre de la UNAM”)/ desconocimiento de las clases extramuros/ reconocimiento de las preparatorias populares/ reconsideración de los casos de maestros y alumnos expulsados. Casi todos los representantes se obligan a un discurso donde esplende la teoría. Quien sólo enuncia el contenido del voto traiciona las muchas horas invertidas en el punto de vista.

Los partidarios de proseguir la huelga no creen en victorias parciales. Lo que no es absoluto, no es. El delegado de la ENEP-Zaragoza insiste: “Los de Rectoría se empeñan en mantener el principio de autoridad; quién ignora que el voto universal, secreto y directo es el instrumento de la manipulación. Nosotros exigimos que se integre así la Comisión: 10% para la autoridades, 50% a los estudiantes, 15% a los trabajadores y 25% a los profesores (de este porcentaje el 50% al Consejo Académico Universitario)”.

A tal punto eleva el tedio al espíritu cívico que casi lo desaparece. Cuando ya no se quiere persuadir, es hora de mostrar la pureza. Se reiteran las posiciones, y se elogia la repetición, mientras se entroniza al enemigo formidable del sentimiento revolucionario: *la dicción*. ¡Tantas demoliciones ahogadas por la conjura de vocales y consonantes que se atropellan contra labios y laringe! Guadalupe Carrasco rompe lanzas a favor de la enunciación inteligible: “Hacemos un llamado a hablar claro, fuerte, no se entiende lo que ustedes dicen, compañeros, la gente está molesta”. Hay informaciones un tanto inesperadas: en el CCH-Oriente la votación fue cerrada: 171 por continuar la huelga, 157 por levantarla. Escasean las menciones a Carpizo, ya incluido en el término “Rectoría”.

Pocos creen en el don de síntesis y aún menos lo practican, y esto generaliza la suspicacia ante las conclusiones. Y se quiere restaurar la unidad. Ciencias rechaza la acusación “de vendidos y traidores para quienes proponen levantar la huelga”, y Ciencias Políticas anatematiza a los medios masivos que caracterizan de “intransigentes y sectarios” a los compañeros que sólo han sido sectarios e intransigentes. Según el documento de Filosofía, el movimiento estudiantil es el principal protagonista de la UNAM, y enumera logros: se amplió la movilización; se consolida una organización estudiantil democrática; se inauguró el diálogo público; se derrotó la política restrictiva en la universidad; se concertó la alianza con los trabajadores.

Los de la mesa se abisman en el resumen de garantías exigidas. Como solidaria música de fondo, se da lectura a los saludos: de la Universidad de Oaxaca, del STUNAM, de la CNTE, de los trabajado-

res de Cervecería Moctezuma, del Politécnico. De seguro, más de un nervioso rector de provincia le confía en este instante a los reporteros su mensaje: “Nuestra Universidad está muy bien. No emprenderemos reforma alguna. No las necesitamos”. Y las mociones ahogan la asamblea. Hay peticiones locales (posposición de exámenes extraordinarios en una escuela), y solicitudes prácticas: “¿Qué día y a qué hora se celebrará el festival político-musical?” Si algo, la democracia es exhaustiva.

Se anuncia el resultado. De 46 representaciones, 34 votan por levantar la huelga, 11 por seguir y 1 por cambiar el término “levantamiento” por el de suspensión. Aún le quedan a la asamblea varias horas. Falta detallar las garantías exigidas, aprobar el manifiesto del CEU a la opinión pública, oír la síntesis positiva del representante del CELE (“Hemos contribuido a recuperar la esperanza de los jóvenes”), polemizar sobre si el manifiesto debe incluir o no las diferencias, atender sin conceder la protesta de Guadalupe Carrasco: “No nos engañemos compañeros. Aquí hay dos posiciones enfrentadas, y el que una sea minoritaria no la hace desaparecer”. Falta localizar en cansancios y fastidios las presiones del movimiento.

Martes 17 de febrero. El anticlímax

Por doquier se entregan las instalaciones a las autoridades. La huelga se levanta y sólo siguen en paro de labores la FES-Cuautitlán y la ENEP-Zaragoza. Pierden su filo belicoso las conversaciones, y ya sólo algunos se refieren al número de concesiones a que fue obligada Rectoría.

Alguna vez le dijo Lezama Lima a María Zambrano: “Ahora usted ha apretado el botón y ha encendido la luz de esta oficina, pero puede que sea la Constelación de Orión la que se ilumine”. ¿Y quién es uno para dictaminar en el reino de las causalidades?